

Sumario

ENSAYO	3
<i>A. J. Cavanilles, naturalista de la Ilustración (1745-1804)</i> , por Vicenç Rosselló	3
INSTITUTO JUAN MARCH DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES	21
El Instituto Juan March inicia sus actividades	21
— Comienzan los cursos del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales	21
NOTICIAS DE LA FUNDACION	23
Arte	23
La obra de Mark Rothko en Madrid	23
— Muestra del artista norteamericano en la Fundación, hasta enero	23
— Michael Compton: «Rothko, tan ambicioso como gran artista»	24
«Arte Español en Nueva York (1950-1970)», en Sevilla	28
Música	29
Ciclo Ravel, en el 50 aniversario de su muerte, desde el 7 de octubre	29
— Cinco conciertos con obra del compositor francés	29
«Conciertos de Mediodía», en octubre	30
Se celebró el Ciclo «Organos históricos de Zamora»	31
Cursos universitarios	34
Emilio Alarcos Llorach: «Etapas de la lengua española»	34
Reuniones científicas	41
IV Coloquio Hispano-Soviético de Historiadores	41
— Participaron más de 50 especialistas españoles y rusos	41
Publicaciones	42
Número 8 de «Saber/Leer»	42
— Artículos de Goded, Fernández Alba, Palacio Atard, Sobejano, Aranguren, Rodríguez Adrados y Saura	42
Estudios e investigaciones	44
Trabajos realizados con ayuda de la Fundación, publicados por otras instituciones	44
Calendario de actividades en octubre	45

A. J. CAVANILLES, NATURALISTA DE LA ILUSTRACION (1745-1804)

Por Vicenç M. Rosselló

Vicenç M. Rosselló Verger es catedrático de Geografía física de la Universidad de Valencia desde 1969. Además de su especialidad, ha cultivado temas de historia de la geografía, toponimia y organización del territorio. Siendo vicerrector, organizó en 1983 una exposición y ciclo de conferencias con el título que encabeza este ensayo.



La máxima figura valenciana de la segunda etapa de la Ilustración, Antonio Joseph Cavanilles —o mejor Cabanilles—, espera todavía un investigador profundo que desentrañe y ordene su corta biografía de cincuenta y nueve años azarosos y fructíferos. Empieza por no estar clara su acta de nacimiento, ya que su partida de bautismo perdida se refiere según traducción posterior al 16-1-1745, mientras el cuadro donado por su familia a la Universidad en 1847 consigna el 14 de febrero. Un significativo primer interrogante. No tenemos indicio alguno familiar, ni profesional paterno; sólo una ubicación urbana poco precisa: la parroquia de Sant Martí de la ciudad de Valencia, no lejos de la Universidad que frecuentaría a los quince años.

En efecto allí obtuvo el grado de Bachiller en Filosofía en junio de 1761, el de Maestro en julio de 1762, el de Bachiller en

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa, la Literatura y la Cultura en las Autonomías. El tema desarrollado actualmente es «Ciencia moderna: pioneros españoles».

En números anteriores se han publicado los Ensayos dedicados a Severo Ochoa, por David Vázquez Martínez; a Blas Cabrera Felipe (1878-1945), por su hijo, el profesor Nicolás Cabrera; a Julio Rey Pastor, matemático, por Sixto Ríos García, catedrático de la Universidad Complutense; a Leonardo Torres Quevedo, por José García Santesmases, catedrático de Física Industrial y académico de número de la Real Academia

Teología en junio de 1766 y el de Doctor el mes siguiente, después de un extraño excurso a la Universidad de Gandía, tal vez para salvar alguna rencilla personal o por cuestión de matrícula, más «barata» en esa universidad.

Desde 1767 a 1770 parece que ejerció alguna labor docente secundaria en su universidad que le rechazó como opositor a la cátedra vespertina de Matemática en 1769 y en alguna de Filosofía. Sus posiciones relativamente innovadoras —tal vez las que le cerraron el camino— tendrían que ver con el magisterio de Joaquim Llàcer. Fue posible el contacto con José Pérez, introductor de profundos cambios en la Universidad y con el futuro rector Vicente Blasco que se había dedicado a las «ciencias que se llaman físico-matemáticas». Juan Bautista Muñoz, futuro cosmógrafo mayor y cronista de Indias, cuya patente amistad con Cavanilles consta positivamente, pertenecía al mismo círculo.

Teodomiro Caro de Briones, Oidor de la Audiencia valenciana, confió la educación de su hijo a Cavanilles, en calidad de preceptor, papel que le brindará en dos ocasiones un cambio de *status* y un ascenso. En efecto, se traslada con su protector a Oviedo donde se ordena de sacerdote —¿oportunidad o convicción?— en 1772. Por detalles posteriores sabemos que entabló allí relaciones y amistades, pero su cargo terminó pronto, tal vez con la vuelta de Caro a Madrid.

Los ilustrados valencianos de la segunda generación, «los turianos», habían abandonado su país para afincarse en la corte de Carlos III, donde estaba situado cómodamente Francisco Pérez Bayer que convoyaba el grupo. Vicente Blasco, poco después, era captado para preceptor de los infantes reales como había sido el

▷ de Ciencias; a *Jorge Juan y Santacilia*, por Juan Vernet Ginés, catedrático de árabe de la Universidad Central de Barcelona; a *Cajal y la estructura del sistema nervioso*, por José María López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia; a *Gaspar Casal (1680-1759)*, por Pedro Lain Entralgo, director de la Academia Española y catedrático jubilado de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense; a *Don Lucas Mallada, pionero de la Geología Española*, por Eduardo Alastrué y Castillo, catedrático jubilado de la Facultad de Ciencias Geológicas de la Universidad Complutense; a *Andrés Manuel del Río, químico y geólogo*, por Eugenio Portela Marco, profesor de la Universidad de Valencia; a *Isidoro de Antillón (1778-1814)*, por Horacio Capel Sáez, catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona; a *La personalidad científica de Tomás Vicente Tosca (1651-1723)*, por Víctor Navarro Brotóns, profesor titular de Historia de la Ciencia de la Universidad de Valencia; a *Pascual Madoz*, por Miguel Artola Gallego, catedrático de Historia Contemporánea de España de la Universidad Autónoma de Madrid; a *José Celestino Mutis (1732-1808)*, por Thomas F. Glick, catedrático de Historia y Geografía de la Universidad de Boston; a *Agustín de Betancourt (1758-1824)*, por Antonio Rumeu de Armas, director de la Real Academia de la Historia; a *Lanz, el sabio romántico*, por José A. García-Diego, ingeniero e historiador; y a *Miguel Catalán*, por Diego Catalán, director del Instituto Universitario Interfacultativo «Seminario Menéndez Pidal», de la Universidad Complutense.

anterior. Juan Bautista Muñoz trabajaba desde 1770 en el Instituto de San Isidro, y José Pérez, aspirante a una plaza del mismo, acabó en Murcia como canónigo arcediano y rector del Seminario de San Fulgencio (1772-80), reducto de las ideas jansenistas y después revolucionarias.

Entre 1774 y 1776, época del máximo esplendor del referido establecimiento, Cavanilles fue llamado a desempeñar una de sus tres cátedras de Filosofía. Un año y medio lo dedicó a explicar Lógica sobre un texto de F. Jacquier (en la línea de Bacon, Descartes, Newton, Leibniz, Wolf, Locke, Condillac) que otorgaba un cierto protagonismo a la matemática. A buen seguro le sirvió de preparación para su futura tarea científica.

El hilo de una nueva preceptoría, esta vez de los hijos del Duque del Infantado, le lleva a viajar con su patrono, nombrado embajador, a París, donde residirá desde 1777 a 1789. Para mantener la actualidad científica comunicada con sus pupilos y por curiosidad intelectual innata el abate valenciano —lo mismo que su tan coincidente amigo canario, clérigo y naturalista, José Viera y Clavijo, frecuenta los círculos literarios y académicos y se produce la eclosión de su aptitud científica. Según él mismo dice, descubre la Botánica de la mano del caballero Lamarck que acababa de publicar su *Flore Française* (1778) y de Antoine-Laurent de Jussieu, que trataba de perfeccionar el sistema de Linné. Tenía treinta y cinco años cuando empezó a estudiar. Conocemos sus lecturas e inquietudes de estos doce densos años gracias a la correspondencia con su colega canario —que también residió en París—, publicada por A. Cioranescu, y con Juan Antonio Mayans, estudiada por A. Mestre. El día que se recopile la de otros corresponsales y se desentrañe el archivo familiar, tendremos sin duda una semblanza intelectual y moral más completa. Desde París manda libros y revistas a sus amigos de España, incluso las entregas de la nueva Enciclopedia. Estaba al día respecto a todas las manifestaciones culturales que se producían allí y comentaba las actuaciones de los más caracterizados escritores como Voltaire, Raynal, Condorcet, Diderot, etc.

Tuvo que ser un artículo de la *Nouvelle Encyclopédie*, la entrada *Espagne* la que provocará la primera aparición pública del abate valenciano, cuyo contenido y ocasión se comentará en otro apartado. 1785 es la fecha de su primera publicación científica, *Dissertatio botanica de Sida*, «brochure» impresa pulquérrimamente por F. A. Didot, que contiene la primera de las diez,

consagrada a las monadelfias. Siguiendo la paginación y con las mismas características publicará hasta 1789, siete *dissertationes* más, incluida la octava, que suponen 414 páginas y 242 láminas.

Desde 1787 Cavanilles, «abad de Ampudia», preparaba su vuelta a España. Primero anduvo tras un beneficio eclesiástico prometido, del que no llegó a tomar posesión —tal vez por no ser «pingüe» como deseaba que fuera— con la excusa de que exigía residencia! No era un caso único, ni probablemente escandaloso... El bienio 1787-89 es marcado por la búsqueda del favor del todopoderoso Floridablanca y del rey. En 1788 solicita la dirección del Jardín Botánico (que suponía el cese de C. Gómez), pensando en «honoros y sueldo» y muy confiado con la influencia de Floridablanca que no se demostró. Al fin y al cabo, el círculo valenciano había perdido fuerza y C. Gómez lógicamente, apoyado por H. Ruiz, había escaramuceado contra él. Las simpatías que hacia nuestro botánico demostraba el partido reformista «aragonés» de Aranda no le ayudaban nada ante los «golillas» de José Moñino.

El regreso definitivo de Cavanilles de París se produce en 1789, después de los acontecimientos revolucionarios, y fija su residencia en Madrid. Posiblemente para alejarle de la corte y siendo todavía Floridablanca secretario de estado, en 1791 recibe el encargo real de recorrer España a fin de estudiar su flora. De la misma manera G. M. de Jovellanos había sido mandado a Asturias el año anterior con semejante pretexto científico. No se olvide que Cavanilles había sacado a luz en Madrid en 1790 las dos últimas entregas de las monadelfias y el mismo 1791 el primer volumen de las monumentales *Icones*; su prestigio, avalado por la edición «oficial» de su obra, podía encubrir el oportuno y momentáneo exilio.

Cumpliendo el real encargo, inicia su recorrido por el territorio valenciano en 1792 y lo prolonga hasta el año siguiente. No deja ciudad ni pueblo sin visitar, ni monte sin subir, ni curiosidad natural sin observar. Sus notas de viaje demuestran un interés enciclopédico que trasciende mucho el inicial señuelo naturalista o botánico. Si es verdad que su misión exploradora se redujo al Reino de Valencia y que la contribución botánica no constituye el armazón de su trabajo, hay que agradecer al andariego abate su impresionante información geográfica, agraria, demográfica, económica, etnológica y arqueológica que aparecerá en las *Obser-*

vaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia (1795-97).

Entre tanto han aparecido el segundo y tercer tomos de las *Icones* con la mayor parte de los materiales valencianos y otros procedentes de la Real Expedición Botánica de Nueva España, dirigida por Martín de Sessé (1787-1802). Las plantas de América, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda, recogidas en la expedición de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» (1789-95) de Alessandro Malaspina, figuran en los siguientes tomos publicados en 1797-99. La febril actividad editorial de Cavanilles no le impide iniciar ese mismo año los *Anales de Historia Natural*, la revista científica española más importante de la época, de cuya elaboración y redacción fue uno de los principales responsables.

El nombramiento de Director del Jardín Botánico de Madrid le llegó en 1801, en tiempo de Godoy, cuyo especial favor no parece tuviera. Al fin y a la postre se habían impuesto los méritos del controvertido botánico. Desde su nuevo puesto publicó una serie de *Lecciones*, precedidas de *Principios generales de Botánica* y, cuando le sorprendió la muerte, estaba trabajando en un volumen *Hortus Regius Matritensis* que seguía la línea de las *Icones* y cuyo material, incluidos grabados en cobre, se conserva.

CAVANILLES REIVINDICA LA CIENCIA ESPAÑOLA

La primera vez que A. J. Cavanilles hace gemir las prensas es ocasional: tal vez se le ha atribuido mayor papel del que él mismo quiso otorgarse; conozcamos el episodio y su encuadre político-científico.

La entrega de la nueva *Encyclopédie méthodique* con el artículo *Espagne*, debido a un autor de tercera fila, Nicholas Masson de Morvilliers, publicada en 1782, no llegó a Madrid hasta agosto de 1783. Su lectura provocó la reacción —¿espontánea?— del abate Cavanilles, dolido tal vez por no haber sido aprovechados los materiales que había comunicado a M. Mentelle. No es imposible que el insignificante artículo fuera desorbitado para conseguir méritos políticos, aunque el autor de la respuesta no supo hasta abril de 1784 del estímulo económico con que Floridablanca premió su trabajo.

Observations de... sur l'article Espagne de la nouvelle Encyclopédie apareció en 1784 en París con el propósito de reivindi-

car la ciencia española frente a acusaciones de indigencia y barbarie, algunas plenamente compartidas por un sector de la misma Ilustración hispánica. El retraso científico, atribuido o disculpado por la censura inquisitorial, implica al clero: «el yugo que imponen los sacerdotes españoles». Como aludido —y no comprometido— Cavanilles defiende un estamento, no tan homogéneo como en siglos anteriores, en su «papelote» (como lo calificó él mismo) escrito en seis semanas sin apenas documentación de base, ni bibliografía. Sea lo que sea de la valía del libelo, el mismo año era retraducido al castellano y publicado por la Imprenta Real y al siguiente vertido al alemán con el título de «Sobre el estado actual de España».

Retrocedamos un poco para revisar el trasfondo español de la polémica. La principal aportación de los *novatores* de fines del siglo XVII habría sido la denuncia del atraso científico español y la incorporación del concepto de progreso frente al argumento de autoridad. Precisamente en la segunda mitad del siglo XVIII —cuando Cavanilles estudia o empieza a publicar— se polarizan actitudes encontradas en lo que acabará llamándose «polémica de la ciencia española».

Justamente Josep Quer, botánico y cirujano, perpiñanés († 1764), primer profesor del Jardín Botánico de Madrid, abiertamente opuesto a la taxonomía de Linné, tomó el partido apoloético de la ciencia española —sin serlo de nacimiento—, insistiendo en la contribución al conocimiento de la historia natural americana. Cavanilles se ve —o es— obligado a contestar a la molesta diatriba de Masson como si, además de ilustrado, fuera nacionalista, lo cual no está muy claro, o simplemente porque era español y residía en París como «cliente» de un político en ejercicio.

En realidad la polémica entre los ilustrados se desata en 1786 con ocasión de la *Oración apologética* de J. P. Forner. Los renovadores eran de ideología positivista, progresista y laica; los apologistas defendían posiciones conservadoras, clericales y tradicionalistas. Cuando Cavanilles se da cuenta de los extremos en que se agita la discusión, se retira de ella porque debía sentirse más cómodo entre los primeros, aunque el destino le hubiera llevado a jugar en su apresurado «papelote» la carta contraria. Se desmarca un tanto de su papel nacionalista o autosatisfecho; Pérez Bayer, su primer valedor, aparte de considerar las apologías inútiles, proclamaba que trabajar era lo que importaba.

La «luz del intelecto», que preconizaba Leibniz para alcanzar la felicidad, no iluminaba hacia atrás, sino hacia adelante. El pensamiento libre, la fe en la razón, la emancipación del oscurantismo religioso... eran requisitos para la nueva ciencia. Jovellanos clamaría contra «la incultura y la credulidad» al elevar al rey Carlos IV su informe sobre la Universidad española donde faltaban las ciencias «útiles». La botánica era una de ellas. La generación de los ilustrados españoles de mediados del XVIII, en cierto modo herederos de los *novatores*, fueron polemistas de la historia crítica, mientras que los científicos del final de siglo (Azara, Cavanilles) desempeñaron el papel de investigadores avanzados. En este panorama no siempre políticos e intelectuales concuerdan, reflejando contradicciones entre despotismo e ilustración.

A. J. Cavanilles, máxima figura valenciana de los ilustrados de la segunda etapa, viene a ser el paralelo de lo que significó Jordi Juan a mediados del siglo XVIII en el campo de las ciencias experimentales. Atrapado entre la tradición científica hispánica y el pensamiento de la Ilustración, Cavanilles quedó condicionado en sus intereses como naturalista o geógrafo y en sus suplencias en otros campos científicos. Una postura contradictoria que a veces le llevó a ejercer un papel del que no se sentía convencido.

En la última etapa de su breve vida pública, en una serie de *Discursos* (1800, 1801 y 1804) recobra su interés por la tradición científica hispánica que había silenciado desde su contestación a Masson, sólo recordada en el prólogo de las *Icones. Materiales para la historia de la Botánica y Discurso sobre algunos botánicos del siglo XVI* constituyen sólidas aportaciones a la historia de la ciencia y trascienden a la bibliografía internacional. Los apuntes manuscritos que se conservan sobre Lorenzo Pérez, boticario renacentista, y sobre botánicos y médicos valencianos del siglo XVI completan su panorama investigador donde valora la comprobación personal de cada autor sobre las plantas que descubre.

LA OBRA BOTANICA

La disciplina «estrella» de la Ilustración fue la botánica y no tiene nada de extraño que nuestro personaje fuera captado por la brillantez de algunos de sus cultivadores en el ambiente parisino que empezó a frecuentar. Sólidamente apoyado en su propia for-

mación humanista, en la lógica de sus estudios de matemática y física y en su mentalidad racionalista, se acercó a A. L. de Jussieu que sería su primer conductor por las sendas de la ciencia natural. Es muy probable que en aquel momento estuviera desconectado de la labor de los botánicos tournefortianos españoles que herborizaban en la península (los catalanes Quer, Bernades y Minuart; Vélez y Gómez Ortega) o en América.

Cavanilles desde el primer momento se manifiesta linneano, aunque intente modificar las reglas del naturalista sueco, como hace en su *Monadelphia* y confiesa en la contestación que hace a l'Héritier: «Que Mr. l'Héritier siga siempre la *Philosophia botanica* de este gran hombre; por mi parte, me separaré de sus leyes cuando encuentre otras más exactas en la Naturaleza, que es el libro abierto a todo el mundo».

Se ha atribuido a Cavanilles un afán desmesurado de descubrir nuevos géneros y especies a base del material procedente de jardines botánicos, enviado por corresponsales, procedente de las expediciones americanas, de herbarios o de su propia cosecha en el País Valenciano y alrededores de Madrid. En efecto, cuando inicia su investigación sobre el género *Sida*, presentada a la Academia de París, va aportando nuevos datos y rectificaciones, alcanzando un conjunto de nuevas descripciones que le consagrarían como el botánico de la época. Estas contribuciones, reunidas en sus *Monadelphiae Classis Dissertationes Decem* (París-Madrid, 1785-90) reúnen plantas que tienen como carácter común la gamosepalia. Se basa, en parte, en la información suministrada por Mutis y el equipo de Ruiz-Pavón y las diez disertaciones comprenden 70 géneros —19 de los cuales eran nuevos—, 643 plantas y 296 dibujos realizados magistralmente por el propio Cavanilles a pluma y lápiz desde 1786, después de haber encargado los primeros a un dibujante. Los sobrios y precisos grabados de la edición son originales de F. N. Sellier.

Por lo dicho anteriormente, las descripciones, apoyadas en material de herbario, promovieron más de una discusión que recogería Cavanilles en 1796 en la *Colección de papeles sobre controversias botánicas..., con algunas notas... a los escritos de sus antagonistas*. Entre ellos estaban Casimiro Gómez Ortega, a la sazón director del Jardín Botánico de Madrid, e Hipólito Ruiz. Envidias, competitividad y mal entendimiento explican que una relación inicialmente cordial se convirtiera en una clara animadversión. Sin duda Cavanilles, dejando aparte su carácter nada fácil, a

causa de sus relaciones e influencias, así como por su patente capacidad de trabajo, según M. Costa, fue granjeándose envidias y enemistades, acompañadas de no pocos intentos de descrédito científico.

Con el trasfondo de una carta anónima firmada por «un vecino de Lima», aparecida en una revista de Madrid en 1788, se cuestionaba el establecimiento de «nuevos géneros a partir de simples especies», con el material de herbario remitido por Ruiz y Pavón. La polémica continuó hasta la aparición del *Prodromus* de estos autores y a pesar de que ambos dedicaron a Cavanilles el género *Cavanillesia* (1803) con esta solemne frase: «Filósofo y Botánico insigne, que ha contribuido con su infatigable aplicación y con varias excursiones y excelentes obras a la ilustración de la Botánica en general, y ha sido casi único en ilustrar esta misma clase *Monadelpia*». Por encima de la triste polémica con Ortega, Ruiz y Pavón, el tiempo se ha encargado de confirmar la mayor parte de los géneros publicados por Cavanilles.

A pesar de que las *Observaciones sobre la historia natural... del Reyno de Valencia* no es obra estrictamente botánica, se refiere a menudo a las plantas y su hábitat con un criterio geográfico y ecológico muy elogiado y que destruye la falsa imagen de botánico de gabinete que sus adversarios habían creado. Entre 1791 y 1801 y coincidiendo en parte con su peregrinación por el País Valenciano, aparece su segunda gran obra, *Icones et descriptiones plantarum quae aut sponte in Hispania crescunt aut in hortis hospitantur*, seis maravillosos volúmenes con grabados de Tomás López Enguídanos, sobre todo, de Sellier (que había traído de París), M. Gamborino, V. López Enguídanos, etc. Esta obra pretende describir un variado conjunto de plantas sin limitación alguna: las de México enviadas por Cervantes, Longinos y Alzete, las recogidas por Nee en la expedición de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», así como las españolas recogidas personalmente en Castilla (volumen I) y en el Reino de Valencia (volumen II). Publica un total de 612 plantas nuevas, acompañadas de sus imágenes originales —trasladadas por los aludidos grabadores— y que configuran una de las mejores iconografías botánicas de la época. Rivas Godoy ha hecho notar, a propósito de esta obra, el carácter de Cavanilles como precursor de la geografía botánica, sobre todo por sus acotaciones sobre la ecología de las plantas recolectadas personalmente. A veces llega a describir auténticas comunidades vegetales, indicando las plantas caracterís-

ticas de un determinado ecótopo. Un detalle no baladí en su técnica de estudio fue el uso del microscopio para observar las pequeñas estructuras o los detalles minúsculos de la morfología vegetal que le permitieron diversas especificaciones.

La actuación de Cavanilles en el Jardín Botánico de Madrid habría venido a coronar las *Icones*, si hubiera llegado a publicar su *Hortus Botanicus Matritensis*, inacabado, pero preparado en buena parte para la edición (40 páginas impresas) y que seguía la pauta de los anteriores volúmenes. Como catedrático ejerció una destacada labor docente, reflejada parcialmente en sus *Discursos* (1803), *Descripciones* (1801, 1802) y los *Anales de Ciencias Naturales* y que fructificó en sus discípulos La Gasca y Clemente. Al llegar a la dirección del Jardín, lo encontró «pobre, pobrísimo», pero en el breve espacio de su gestión lo dotó de nuevos invernaderos y estufas, amplió de 3.000 a 7.500 el número de plantas cultivadas y multiplicó el herbario que llegó a 12.000 pliegos, al incorporar a los 1.507 que tenía en 1773 las colecciones de Nee, las de Thalacker procedentes de Sierra Nevada, las de La Gasca de León y Asturias, las de Andalucía de Rodríguez, su propio herbario y algunas recolecciones más.

En los *Principios elementales de Botánica* que preceden a sus lecciones públicas de 1801 Cavanilles expone el punto de vista personal y crítico que, según M. Costa, tenía de las bases teóricas de esta ciencia: «... determina el número de órganos de las plantas, la textura, la forma y el empleo de cada uno, la situación ya propia, ya respectiva de ellos, como también sus varias diferencias, sacando de aquí caracteres sólidos para distinguir y definir los vegetales. Así pues no se reduce la Botánica a la nomenclatura de las plantas, como creen algunos que confunden el Empirismo con la ciencia; ni será Botánico el que retenga los nombres de las plantas, y las reconozca a primera vista, sino aquel solamente que las reconozca por sus caracteres».

LA APORTACION GEOGRAFICA Y CARTOGRAFICA

En la respuesta al artículo enciclopédico de Masson, obra primera del clérigo valenciano, ya se encuentra un esbozo geoeconómico, cuyo origen puede estar en la relación que mantuvo Cavanilles con el geógrafo francés M. Mentelle a quién había facilitado noticias sobre Asturias, Murcia y Reino de Valencia. «En

su *España antigua* —dice— había mucho nuevo en historia natural.» Esta conexión de «antigüedades» y ciencias de la naturaleza, tan dieciochesca, conviene que no la perdamos de vista en la interpretación de la obra geográfica cavanillesia.

El volumen segundo de las *Icones*, publicado en 1793, o sea, al acabar su campaña valenciana, incluye descripciones geográficas prolijas y notables de algunos paisajes botánicamente destacados, como Penyagolosa, montañas de Sagunt, la Vall d'Albaida, los montes de Énguera, etc., que posiblemente son el germen de muchas páginas de su obra posterior.

Un solo libro, los dos volúmenes en folio de las *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia* (1795-97), son más que suficientes para justificar este apartado. No había apenas precedentes, a no ser la *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* (1775) de Guillermo Bowles, uno de los científicos «importados» por Carlos III y citado algunas veces por nuestro autor. En el último cuarto de siglo la geografía se desliga de la matemática, mientras la cartografía entra en una etapa técnica, con lo cual la primera a menudo cae en la mera descripción.

En este momento aparece primero la *Historia de las Islas Canarias* (1772-83) de José Viera, amigo de Cavanilles; luego el *Ensayo... de las producciones marinas de la costa de Galicia* (1784), de Xosé Andrés Cornide y Saavedra; *Descripciones de las islas Pithiusas y Baleares* (1787), de José Vargas Ponce; *Historia de la economía política de Aragón* (1798), del también botánico Ignacio de Asso y la *Descripción económica del Reino de Galicia* (1804), de J. Lucas Labrada, ponderada por Antillón. Todas estas obras tienen en común la descripción objetiva y la preocupación aplicada. Pero, referidas al espacio valenciano, Cavanilles pudo movilizar el *Correo General de España* (1769-71), de F. M. Nipho Cagigal y la *Descripción del Reino de Valencia por corregimientos* (1783), de Josep Joaquim Castelló, catedrático del Instituto de San Isidro y diplomático luego, que según unos fue amigo, según otros se quejó de plagio cuando aparecieron las *Observaciones*. Todavía quedaba el curioso *Atlante español* de Bernat Espinalt, cuyos tomitos valencianos aparecieron entre 1784 y 1786.

Aunque los ilustrados de la segunda generación rehuyen el ditirambo y en general pretenden ser críticos y objetivos, a veces sucumben a la tradición. El «laus Valentiae» de Cavanilles no es

menos encendido que el de J.-L. Vives en el siglo XVI o el de F. A. Cassaús a finales del XVII, tanto si lo expone en castellano como en latín. Esto no impide al botánico una seriedad absoluta en su planteamiento de estudiar sistemáticamente en cada comarca o término: a) la naturaleza —con especial atención a la vegetación—; b) el poblamiento, y c) los recursos y la economía. Al fin y al cabo el esquema está indicado en el largo título de la obra y sólo se quiebra cuando hay algún destacado centro de interés: ciudad, monumento, hallazgo arqueológico, curiosidad natural, epidemia, entuerto agrario o social que enderezar, etc.

Más de un pasaje podría atribuirse a un antropólogo cultural *avant la lettre*, pero mucho más a un planificador. «Animoso en los proyectos y sabio en los consejos técnicos» (Fuster), con su prosa gris y diáfana, su racionalismo claro y eficaz llega a veces al arbitrio, tan característico del despotismo ilustrado. Sobre bases fisiocráticas, critica la vinculación señorial, pregona la libertad de comercio, exige caminos, mejoras agrarias o industriales, se lamenta del mal cultivo del algarrobo (incluso en las *Icones* hay tres páginas de consejos) o de los estragos del arrozal... De lo recorrido «por espacio de tres años» con la subvención y mandato del monarca, dice: «hablaré de lo que he visto»; este contacto con la realidad que nos revelan sus notas de viaje le permite montar una división territorial que tiene en cuenta lo natural, lo jurisdiccional y lo económico.

Me interesa recalcar al geógrafo físico. A juzgar por el prólogo de las *Observaciones... del Reyno de Valencia*, podría pensarse que las páginas que se dedican al relieve son un subproducto del viaje: nada más lejos de la realidad, según J. F. Mateu, ya que gracias a su estancia en París —por ejemplo, las lecciones del actualista Jean Darcet—, asimiló la teoría de la tierra entonces vigente entre los naturalistas que empezaban a descubrir «los montes, los campos, los lagos y los litorales» y convertirlos en su laboratorio. Aunque los naturalistas que recorren los Alpes, Pirineos y Urales están imbuidos de una concepción neptunista-catastrofista, basada en una cronología muy corta sobre el pasado de la tierra, pronto empezaron a entrever el fluvialismo-actualismo para explicar el modelado terrestre y exigir una escala temporal más larga. Cavanilles se sitúa en una vía intermedia y alguna vez contradictoria, pero sale al campo y sobre todo *observa*. Es el primer geomorfólogo español; su clarividencia y atisbos le permiten apreciar la termoclastia en l'Avellà, la pérdida litoral en Beni-

cássim, la formación del Prat de Peñíscola, la garganta epigénica de Chulilla, el polje y avenc de Barx, etc.

Trece son —aparte de los manuscritos— los mapas que contienen las *Observaciones...*, exquisitamente grabados por T. López Enguídanos. Los comarcales hacen constar su fuente —sean publicados o inéditos—. El de Penyagolosa (una de las tres cimas principales del País Valenciano) parece original, de acuerdo con los apuntes que Cavanilles dejó en su dietario. *El Mapa del Reyno de Valencia*, a una escala de cerca 1/524.000, está inspirado en el segundo de Tomás López de Vargas (1788), aunque lo oculta, incluso en la engañosa atribución del detalle de la Particular Contribución de Valencia a Cassaús. La utilización de la carta esférica de Tofiño para la costa aportó alguna mejora y, sin duda también, el recorrido exhaustivo del territorio. La representación del relieve mejora mucho el trabajo de su predecesor, al dibujar los cerros de perfil y sombreados de poniente —al estilo de su admirado H. B. de Saussure—, bien alineados y agrupados, con una generalización correcta de valles y corredores, macizos y llanos.

En cuanto a la toponimia, sería exagerado presentar al abate como un defensor a ultranza de su maltratada lengua, pero al lado de los eruditos del momento, se muestra mucho más respetuoso por la toponimia valenciana, tanto en el mapa como en los libros. Sin embargo, algunos indicios de los manuscritos, herbarios y croquis o la transcripción en las *Icones* pueden hacer pensar en un corrector interpuesto. Lo mismo cabe decir del índice de las plantas mencionadas, al final de las *Observaciones...*, que es una lista sistemática donde, al lado del nombre técnico latino, figuran las denominaciones vulgares castellana, francesa y catalana.

LA VERTIENTE ECONOMICA

Valiéndose del método de las ciencias naturales, es decir, apoyado sobre todo en la observación y la encuesta, pero sin descuidar la documentación, Cavanilles trazó un completo panorama económico del País Valenciano a finales del siglo XVIII. Algún autor (C. Melià, 1978) ha intentado sistematizar su información económica —producción, especialmente, o sea los *frutos* que figuran en el inacabable título de la obra— con criterios modernos, olvidando que se trataba de una época preindustrial, y sin someter

a crítica unos datos cuya procedencia en buena parte desconocemos.

Sea que los datos corresponden a una época ya superada en el momento de redactarse el libro, sea que se impuso una sobrevaloración política —los logros de la dinastía borbónica— a la información demográfica, parece que la economía ya había tocado techo y empezaba a declinar. Esto no desvirtúa el enjundioso trabajo de nuestro botánico, que combina como dos variables más importantes la población y los recursos, haciendo a menudo alusiones al comercio.

La población se ha triplicado casi al comparar los datos del *Vecindario General de España* de 1713 con los del censo de Floridablanca, correspondientes a 1786. «Mucho se ha multiplicado nuestra especie» es una reflexión reiterada de Cavanilles, que atribuye el progreso a los inmigrados («advenedizos» y «forasteros»), a los repobladores que ocuparon espacios abandonados en la expulsión de los moriscos de 1609 y, especialmente, a la ampliación de los cultivos y roturaciones, captaciones de agua, que menudean durante el setecientos valenciano. Decididamente la agricultura es el recurso principal y ciertos cultivos, nuevos o incrementados, como la seda, el maíz, el cáñamo, el arroz, etc., suponen un claro progreso, aunque no siempre esté resuelta su comercialización.

Destaca en este apartado de la economía agraria una cuestión palpitante en la que Cavanilles se ve involucrado y toma claro partido: la polémica sobre la ricultura. El paludismo era endémico desde hacía siglos en el País Valenciano y Murcia y su coincidencia con el arrozal era patente, ya que un gran número de albuferas y marismas se habían dedicado al cultivo con un fuerte carácter expansivo desde 1730. El botánico asume toda la argumentación detractora de la ricultura dando una base o barniz científico a las razones esgrimidas desde antiguo. V. I. Franco, por el otro lado, se erige en antagonista, representando los intereses arroceros que, aunque derrotados en el campo teórico o científico, acabarían, pese a todo, imponiéndose con una todavía mayor expansión del cereal.

No sólo no se extinguió el arrozal, sino que la palabra *marjal* vino a substituir *arrossar* en el habla corriente porque no había marisma alguna que no lo fuera. Labradores y señores territoriales impusieron su voluntad e interés. Se respetaba, eso sí, un círculo de protección de 10 ó 15 km. de radio alrededor de Valencia, que en el siglo XVI abarcaba Puçol por el N y Albal por el S. Al

aumentar el cultivo en el siglo XVIII, la endemia palúdica se mantiene y surgen epidemias suplementarias como el brote de 1765 en el Alto Turia, que avivó la polémica entre prohibicionistas y defensores, provocando la publicación de diversos dictámenes.

Cavanilles tercia en la discusión en el primer volumen de las *Observaciones... del Reyno de Valencia* (1795) que contestó en 1797 V. I. Franco en sus *Advertencias al tomo primero de las Observaciones* y su *Contextación a las observaciones sobre la necesidad de cria y de arroz...* del mismo año. Por su parte, volvía a intervenir Cavanilles en las Memorias de la Real Academia Médica de Madrid (*Observaciones sobre el cultivo del arroz en el Reino de Valencia*, 1797) y al año siguiente con un *Suplemento* a dichas observaciones. En total, cinco publicaciones en dos o tres años.

E. Mateu (1986) ha resumido muy certeramente los tres extremos de la controversia y los encontrados puntos de vista. El primero se refería a las condiciones naturales del terreno dedicado al cultivo. Cavanilles establece una distinción entre tierras originariamente pantanosas y artificialmente inundadas. En el primer caso considera beneficioso el cultivo para evitar la supuesta «corrupción» de las aguas estancadas y la multiplicación de insectos, aparte de poder sacar partido de espacios inútiles. Al contrario, convertir tierras «saludables» en marjales le parecía inconveniente. La Ribera Alta del Xúquer era para el abate «artificialmente pantanosa», a diferencia de la Ribera Baixa e inmediaciones de l'Albufera. Efectivamente el curso bajo del Xúquer corresponde a un llano de inundación convexo con abundantes *backswamps* o marismas laterales. Franco no tenía razón.

La segunda cuestión discutida se centraba en la relación entre arrozal y fiebres palúdicas como causa y efecto. Aunque en la edad media y moderna sea difícil hablar de «higiene pública», desde el siglo XIV ya se habían tomado disposiciones preventivas, como la de prohibir el arrozal en los alrededores de grandes ciudades, que en el XV se extendería a todo el reino, aunque eso sí, sin un cumplimiento estricto. El mecanismo del contagio —cosa de la época— era atribuido a marismas ambientales (efluvios de aguas «corruptas»), siendo los meses más peligrosos los de verano. Pese a desconocerse el contagio animal o microbiano en la medicina ilustrada, en el sentido que le daría la bacteriología de la segunda mitad del XIX, nadie descartaba una relación entre arrozales o aguas encharcadas y «tercianas». V. I. Franco, apoyado en

un *Informe del Real Protomedicato* (1785), no demasiado coherente ni bien instrumentado, niega la causalidad. Efectivamente había paludismo sin arroz —los ejemplos circunmediterráneos serían innumerables— pero Franco no maneja bien el argumento que Cavanilles desmonta con mejor munición intelectual. Tiene razón el antagonista al decir que el riesgo de unas pocas personas no invalida la mejora alimentaria de muchísimas. Cavanilles, para objetivar las consecuencias de la enfermedad utilizó material demográfico de cincuenta y siete años (1730-87) comparando términos arroceros con otros vecinos y atendiendo al movimiento natural de la población. Resultaba incuestionable una baja de la natalidad y un aumento de mortalidad en los primeros, aunque el cálculo demográfico se enfrenta con cifras diferentes de V. I. Franco y parece que las manejadas por el botánico no eran fiables del todo.

El tercer punto de la polémica, se admitiese o no la fundada distinción sanitaria de «estantías» y «escorrentías», radicaba en la rentabilidad de la ricicultura. Si cuarenta municipios en aquel momento se dedicaban a un creciente cultivo, ¿podría dudarse de su prosperidad económica, aunque fuera sanitariamente adverso? ¿Era oportuna su legalización, prohibición parcial o total? Resulta difícil inclinarse por la opinión de Cavanilles —pesimista— o por la de Franco —optimista— que apoyan con estadísticas parecidas. Sin embargo, el hecho de que las poblaciones más densas del sudeste de Asia hayan optimizado el uso de la tierra con el arrozal no es una casualidad. Y aparte, no se olvide que los rendimientos más altos del mundo se han obtenido en los arrozales valencianos.

PERFIL HUMANO DE UN CURIOSO UNIVERSAL

Los aspectos esbozados hasta aquí no agotan la personalidad del naturalista. Adelanté la relación no insólita con el mundo de las antigüedades con el que, en efecto conectó Cavanilles, justificando quizás una mayor relación de la arqueología con las naturales que con las ciencias históricas. El viajero que admiró el complejo ibérico del Castellar de Meca y el arco romano de Cabanes, inscripciones y lápidas de diversos sitios, llegó a practicar excavaciones en els Banys de la Reina de Calp, una *villa* con su vivero de peces y diversas dependencias. No pudo acabar de desenterrar el montículo —según carta de Torres Eximeno a J. A.

Mayans— porque le entró prisa para regresar a Madrid ante la caída de Floridablanca y el ascenso de Aranda.

Le tentó también la medicina en cuestiones relacionadas con problemas sanitarios colectivos. Vimos con algún detalle la discusión sobre el paludismo, pero hay otro punto de interés: un pretendido remedio para la rabia, de raigambre popular, recogido en la Foia de Castalla, con el cual experimentó y acabó por descartar, según se deduce de cinco artículos publicados entre 1800 y 1801.

Sobre la curiosidad científica de nuestro botánico, sin embargo, se impone a menudo su tendencia a la polémica que más de una vez linda con el libelo. Conocemos al menos cinco o seis ocasiones en que su incisivo ingenio parece crecerse en la discusión que tal vez buscaba: artículo enciclopédico de Masson, controversia arrocera, problemas de género-especie botánicos con «un vecino de Lima» y con l'Héritier, cuestión de la *Filago pygmaea* en que involucra a Linné y Lamarck y su pluma corre con una especial fluencia; el *Hortus Regius Matritensis* ¿no estaría destinado, por fin, a enmendar la plana a las series de C. Gómez Ortega de 1797-1800?

Entre 1788 y 1789 se agita la polémica más estrictamente botánica que recogerá en el tercer volumen de las *Icones* y tras la cual parecen agazaparse sus rivales Gómez Ortega, Ruiz y Pavón, bien porque estos dos últimos, al ser Cavanilles ya director del Jardín, pasen de la maledicencia a la lisonja. De todos modos cabría anotar que la polémica es casi un género literario cultivado en aquellas calendas. Valga como ejemplo la suscitada a propósito del *Atlante* de Espinalt en las páginas del *Memorial literario* (que usó también el «vecino de Lima») y el *Semanario Pintoresco*, por aquellos años.

Los biógrafos de Cavanilles han sido más bien desbordantes panegiristas, lo cual nos obliga a buscar el contraste entre sombras y luces en un intento de entender algo más su personalidad. Me he preguntado alguna vez si estamos ante un clérigo incrédulo o simplemente acomodaticio. Si por un lado enseña en un centro jansenista, por otro juega con los beneficios sin ninguna aprensión moral; ridiculiza las invocaciones contra el granizo en Cinctorres, despotrica contra cabildos y monasterios que no están a la altura de la técnica agraria o tiranizan a sus colonos, pero defiende la Inquisición. Nadie —desconocedor de su biografía— podría deducir del contexto que se trate de un sacerdote.

Una serie de puntos, tal vez inconexos, podrían proporcionar

material a un psicoanalista. Falta la más mínima alusión a sus orígenes, lo cual puede contraponerse a preocupaciones nobiliarias propias o de sus herederos. Al mismo tiempo, un interés por su propia imagen, atildadísima, que nos llega en un perfecto medallón de Sellier añadido en el cuaderno antepuesto a las *Mona-delphiae*. Y no es el único retrato que ha dejado. La *delectatio morosa* en la «Historia de las palomas domésticas». No precipito deducciones; apporto hechos.

Se ha hablado de carácter agrio, pero hallo en las cartas y libros adulaciones que lindan con lo rastrero a propósito de recomendaciones de familiares (cartas a Godoy de 1796) u otros motivos (25-6-1784). El trabajo de preceptor, que puede ser el camino de un brillante joven pobre, implica sujeción casi parásita. El brujuleo político puede llegar a ser arribismo si se oscila entre un Moñino y un Aranda o un Godoy. Un personaje que el mismo 14 de julio de 1789 escribe a Viera sin hacer la más mínima mención a la toma de la Bastilla —¿fue acaso un suceso de barrio?— ni a hecho revolucionario alguno, no parece tener grandes inquietudes políticas. Es verdad que en las *Observations... sur le cinquième fascicule de M. L'Héritier* (1789) se aprecia alguna idea favorable a los acontecimientos; admira a Dalember, Diderot, Voltaire, pero no ignora a quienes del lado católico-conservador los critican. *L'Abbé* de Condillac influye claramente en sus *Apuntamientos lógicos*. Un dato negativo en cuanto a honradez intelectual, la ocultación de fuentes del mapa del Reino de Valencia, ya fue aludida.

Un gran hombre no es anulado por sus debilidades, más bien se crece sobre ellas. Trabajador infatigable, tozudo y constante, superó dificultades de todo orden. Su erudición, la consiguió a pulso; si llegó a ser políglota, fue con esfuerzo: el latín cargado de hipébaton de las *Icones* —caso de ser suyo— supone una considerable dedicación, superior a la que habrían exigido las aulas. Sus dibujos a pluma del dietario —elaborados en campaña o después de jornadas de austero viaje—, así como croquis y apuntes a los originales de plantas iniciados en París en 1786, le acreditan como perspicaz observador y consumado ilustrador. Todavía podría aducirse su aptitud editora, que escoge impresores de categoría y papeles de calidad. Y toda su capacidad lógica y retentiva.

Claroscuros de un enorme científico revestido de las contradicciones propias del conflicto entre la tradición y la ilustración que le correspondió vivir y, en parte, resolver.

EL INSTITUTO JUAN MARCH INICIA SUS ACTIVIDADES

■ Comienzan los cursos del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales

El Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, inició a finales de septiembre sus actividades. Durante el primer semestre del Curso académico 1987-88 se desarrollarán en la sede del citado Centro (Castelló, 77, Madrid), por las mañanas, los siguientes cursos: «Historia del constitucionalismo», que impartirá **Miguel Artola Gallego**, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid; «Microeconomía», por **Jimena García-Pardo**, profesora titular del Departamento de Teoría económica de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense; «Estado, empresario y sindicatos. (Organizaciones de intereses y políticas socioeconómicas)», por **Víctor Pérez Díaz**, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense; y «Regímenes democráticos (Problemas de estabilidad y cambio)» por **Juan Linz**, Profesor de Sociología y Ciencia Política de la Universidad de Yale (Estados Unidos). Asimismo, habrá un Seminario de lengua inglesa, a cargo de **David Robinson**, del Instituto Británico de Madrid.

En estos cursos, de carácter cerrado, participan los nueve alumnos que han sido becados por el Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, tras el fallo del Comité de Selección, integrado por **Miguel Artola**, Presidente del Instituto de España; **Francisco Rubio Llorente**, Magistrado del Tribunal Cons-

titucional; **José Luis Sureda Carrión**, catedrático de Economía y Hacienda Pública de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona; **Andrés González Alvarez**, director administrativo del Instituto Juan March; y **Víctor Pérez Díaz**, director del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales.

Los nueve becarios seleccionados son los siguientes: **Susana Aguilar Fernández**, **María Visitación Alcón Hidalgo**, **Ana Marta Guillén Rodríguez**, **Juan Manuel Irazo Amatriáin**, **Pedro Luis Iriso Napal**, **María Luisa Loredo Fernández**, **Juan Carlos Rodríguez Pérez**, **Patricia Salama Rodríguez** y **Angel José Sánchez Navarro**. Todos ellos son Licenciados por Facultades universitarias en los últimos años en diversas materias afines a los estudios que se imparten en el Centro: en Sociología (4), Ciencias Políticas (2), Ciencias Económicas (1), Geografía e Historia (1) y Derecho (1), por la Universidad Complutense de Madrid —seis— y los tres restantes, por las de Alicante, Oviedo y el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de la Universidad de Ginebra (Suiza). Cuatro de ellos son nacidos en Madrid, y los otros cinco lo son en Oviedo, León, Zaragoza, Navarra y Lugo.

Las becas están dotadas con 90.000 pesetas mensuales brutas, pagaderas doce veces al año. Los becarios seguirán en el Centro dos años académicos de formación (4 semestres consecutivos) para la obtención del título

de Master. Después podrán aspirar al título de Doctor con posteriores estudios. Las becas ofrecidas en esta primera convocatoria podrán alcanzar una duración de hasta cuatro años.

La beca obliga a una dedicación intensa, incompatible con cualquier otra actividad remunerada, salvo autorización expresa. Los becarios asistirán, participando activamente, a las distintas clases, seminarios, coloquios o conferencias organizados por el Centro durante el año académico y prepararán los trabajos escritos que formen parte de los requisitos de cada curso.

Estos cursos del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales son impartidos por profesores

españoles y extranjeros y están constituidos primordialmente por temas de Sociología y Ciencias Políticas, con un contenido analítico, empírico y comparativo. En ellos se incluirán también asignaturas de Estudios Internacionales, Economía, Historia Contemporánea y Derecho Público, y selectivamente, de otras Ciencias Sociales.

El curso 1987-88 incluirá, además de las ya citadas, enseñanzas sobre Teoría de Economía Política, Psicología Política, Organización territorial del Estado, Relaciones industriales, organización industrial y política industrial y Métodos y técnicas de investigación en Ciencias Sociales.

El Instituto Juan March

El Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, con sede en la Fundación Juan March (Castelló, 77, Madrid), fue creado, según orden ministerial de fecha de 27 de noviembre de 1986, como Fundación docente privada de interés público, cuya finalidad es la realización y promoción de estudios e investigaciones científicas o técnicas de postgrado en cualquier ramo de la ciencia, la cultura y el saber humano; para lo cual se propone la creación sucesiva de diversos Centros de estudios avanzados o altos estudios, en una determinada área.

El Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales es el primero de éstos. Dirigido por Víctor Pérez Díaz, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense, se propone la organización de programas de estudios y seminarios, con un conjunto de profesores e investigadores tanto nacionales como extranjeros, que impartirán cursos en él; participarán en seminarios interdisciplinarios y, en algunos casos, darán conferencias a un público más amplio.

El Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, dentro del cual se encuadra el Centro, ha sido creado por Juan y Carlos March, quienes son presidente y vicepresidente del mismo, como ya lo son de la Fundación Juan March. Para llevar a cabo sus fines, el 10 de diciembre de 1986, la Fundación asignó al Instituto Juan March la cantidad de 1.600 millones de pesetas. Además de Juan y Carlos March, forman el Consejo de Patronato del Instituto José Luis Yuste (director gerente), Alfredo Lafita y Jaime Prohens (secretario).

LA OBRA DE MARK ROTHKO, EN MADRID

■ 54 obras de este expresionista abstracto norteamericano

Desde el 23 de septiembre se ofrece en la Fundación la Exposición dedicada al pintor Mark Rothko, que permanecerá abierta hasta el próximo 3 de enero. La muestra, que proviene de la Tate Gallery de Londres, está compuesta por 54 obras, óleos en su mayoría, pertenecientes a todas las etapas de su vida artística, desde sus inicios en los años treinta hasta finales de los sesenta (Rothko murió en 1970). Los lienzos de esta muestra provienen de diferentes museos y coleccionistas norteamericanos y europeos.

En el acto inaugural pronunció una conferencia Michael Compton, Conservador de la Tate Gallery y autor de un estudio recogido en el catálogo de la exposición, del que en páginas siguientes se ofrece un resumen.

Como complemento de la exposición se proyectarán los viernes en la sede de la Fundación, mientras permanezca abierta la muestra, dos vídeos sobre la obra de Rothko y la Escuela de Nueva York, a la que éste pertenecía. Se titulan «Seeking the Sacred in a Secular World» (30 minutos) y «The New York School» (55 minutos), ambos en versión inglesa.

Han colaborado en esta Exposición Rothko los hijos del artista, Kate Rothko Prizel y Christopher Rothko, así como la Fundación Rothko; la Tate Gallery, que ha encabezado la organización de la muestra, y cuyo Conservador, Michel Compton, ha seleccionado las obras para la misma; la National Gallery of Art de Washington; y otras personas e instituciones que han prestado fondos, como la señora Barnett Newman; señores Allen



M. Turner, de Chicago; Sarah Campbell Blaffer Foundation, de Houston, Texas; señores Graham Gund; Philadelphia Museum of Art; The Metropolitan Museum of Art, de Nueva York; Museum of Modern Art, Nueva York; Whitney Museum of American Art, Nueva York; Ludwig Museum, Colonia; Phillips Collection, Washington; Museum of Art, Rhode Island School of Design; Carnegie Museum of Art, Pittsburgh; y Dallas Museum of Art.

«Rothko, tan ambicioso como gran artista»

«Rothko vino a los Estados Unidos en 1913 como Markus Rothkowitz, uno de los muchos inmigrantes judíos procedentes del Este de Europa que huyeron de la persecución de su pueblo y que buscaron una vida mejor. Parece que nunca se sintió seguro frente al poder del estado o de grandes instituciones y con frecuencia hacía referencia a imágenes o recuerdos de las persecuciones contra su pueblo. Al principio de su vida tomó parte activa al lado de los que consideró oprimidos, en huelgas y manifestaciones, pero se fue absorbiendo más y más, con el paso del tiempo, exclusivamente en la pintura, como un modo de vida profético y moral, es decir, incorruptible. Haber sido un anarquista utópico en su juventud, haber sido políticamente activo en el periodo del «New Deal» y del «Common Front» y haberse convertido en un pintor abstracto en los años 40 no fue, desde luego, lo único, pero la naturaleza e intensidad del compromiso de Rothko y una parte de la gran fuerza de sus mejores cuadros parece proceder de la misma necesidad interior.

Aunque Rothko había recibido clases de Arte en su época escolar, en estos primeros años pensaba ser músico o escritor y, un poco más tarde, actor, así que su posterior elección de la pintura parece haber sido al principio una decisión casi casual. La casualidad le llevó a una clase de Arte: «Todos los estudiantes estaban esbozando un desnudo e inmediatamente decidí que ésa habría de ser la vida para mí». La realidad de la vida de Rothko a partir de ese momento y la de su pintura demuestran que no fue el desnudo lo que definió su vida, sino algo más, seguramente el

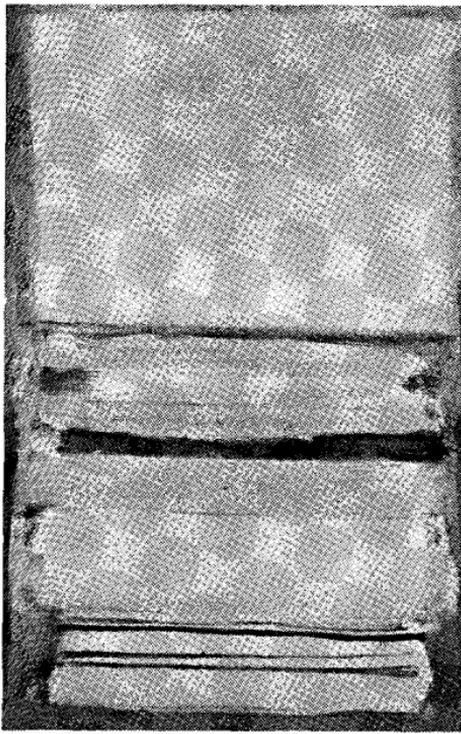
grado de independencia del pintor, con control total de su propia creación. De todas maneras, hizo un curso de anatomía y después de otra visita a la costa Oeste, se enroló en 1925 con Max Weber, un judío ruso y uno de los pioneros del movimiento moderno de los Estados Unidos.

La primera época

Las pinturas de Rothko de los años 20 y 30 son generalmente de los estilos tradicionales de composición de figura, objetos y paisaje. Aún no se ha establecido definitivamente su cronología, pero parece que trabajó en un estilo diferente para cada una de estas categorías. Esto se puede considerar como un medio por el cual desarrolló los recursos pictóricos reciclados en las pinturas de transición del final de los años 40.

Su genuino estilo de paisaje, especialmente en acuarela, está claramente influenciado por John Marin, entonces una figura a la cabeza del arte americano. El estilo era, por su parte, indudablemente modernista, evolucionando a partir del cubismo y con contenido a veces moderno, es decir, urbano, pero sobre todo había una sensación de atmósfera, ligera, etérea, como una llamada al espíritu y una elegancia caligráfica oriental.

En el verano de 1934 Rothko había tomado parte activa en la política social del Arte y se había unido al Sindicato de Artistas. Pero su estilo y temática no se transforman radicalmente. Su punto de vista puede que fuera ya que el acto más revolucionario, dentro de la propia pintura, es pintar a la manera de uno mismo. Desde



Número 11 (1949).

luego, estaba en contra del populismo y del provincianismo. Sin embargo, parece haber un giro en su obra hacia temas urbanos y un aumento de inquietud. Esto lo expresa por medio de la arquitectura y la composición de las figuras más que por distorsiones exageradas y expresiones de las caras y gestos dramáticos.

Rothko se asoció con un grupo de artistas en la «Secession Gallery» en 1934, reformado en 1935 como «The Ten», que se oponían al realismo social y al regionalismo. Cubrían un abanico que iba desde el expresionismo a la abstracción geométrica. Se consideró a sí mismo como un pintor de vanguardia, pero su obra correspondiente a esta época muestra que esto era más un sentimiento de afinidad con otros artistas que de ir delante de otros en alguna dirección.

Fuerte divergencia

La fase siguiente en el arte de Rothko muestra una fuerte divergen-

cia con la anterior, pero es difícil determinar la fecha. La primera exposición de cuadros del nuevo estilo tuvo lugar en los grandes almacenes Macy's, de Nueva York, en junio de 1942, pero quizás sus características se habían desarrollado ya bastante antes. Adolph Gottlieb, que fue el socio más cercano a Rothko en aquel tiempo, ha rememorado varias veces el comienzo de esta fase, fechándola en 1941.

Decidieron que era necesario un cambio de temática y se pusieron de acuerdo en su tema 'siguiente': mitología clásica. Rothko comenzó sus acuarelas sobre Esquilo y Gottlieb pintó «Los ojos de Edipo», su primera pictografía.

Es digno de mención que el periodo mitológico de Rothko coincide en el tiempo con el periodo más duro de la guerra, después de la caída de Francia y de las victorias japonesas en el Pacífico. Rothko y Gottlieb, los dos judíos y muy conscientes de ello, aunque no eran ortodoxos, prefirieron un mito mediterráneo universal a temas específicamente judíos.

Las pinturas y dibujos de Rothko entre 1941-43 parecen estar influenciados abiertamente y con frecuencia por los relieves de los sarcófagos etruscos o romanos. Se dividen generalmente en dos o tres zonas horizontales, llenas de cabezas, cuerpos y piernas, respectivamente, de proporciones no naturales. Se pueden interpretar estas pinturas como un intento por alcanzar un nivel más alto de trascendencia o, al menos, una nueva intensidad. Realmente representan un escalón en la evolución del tema: del mito del artista (estudios, desnudos, figuras a sus anchas, etc.), y el mito del momento actual (ciudad, metro, etcétera) al mito de la especie humana.

La transición de las pinturas de principios de los años 40, basadas en relieves, a las obras flotantes del resto de los 40, marca el divorcio de lo explícitamente mediterráneo. Su obra se volvió mucho más caligráfica y sus medios preferidos eran la acuarela y el gouache. Pueden describirse sus formas como biomórficas: las referencias clásicas casi desaparecen.

Las obras de este segundo período surrealista representan una etapa necesaria para lo que iba a venir, pero aún no se ha determinado claramente su relación concreta. Se discute que Rothko, ayudado por el ejemplo de los Surrealistas y por su teoría antropomórfica y psicoanalítica, iba a retroceder en el tiempo histórico a fin de alcanzar las raíces de la consciencia personal, basándose en la idea prevaleciente de que los individuos resumen la historia evolucionadora de la raza.

Como otros artistas que se habían inclinado hacia el arte no representativo, Rothko parece haber necesitado el apoyo de sus contemporáneos para hacer el cambio decisivo. Durante los años 40 había estrechado lazos con algunos individuos e instituciones, que serían identificados con el Expresionismo Abstracto: empezando con Gottlieb, se asoció en diversas épocas con Newman, Still y Motherwell. No parece que estuviera cerca de Pollock, ni de Gorky o Kooning, pero su evolución hacia la abstracción corre paralela en el tiempo a la de ellos. Sentían que tenían algo en común y una sensación de que podían competir cualitativamente con los europeos. El motor del cambio de Rothko fue, en la práctica, la eliminación de todos los elementos que pudieran aparecer como representacionales.

En sus obras más representa-

cionales, Rothko siempre había distorsionado sus figuras. El alargamiento de los que estaban esperando el metro en sus pinturas de los años treinta es la distorsión más simple. Las imágenes forman y articulan los axiomas de la composición de la pintura, de tal manera que la distorsión no es en primer lugar una presión sobre la retórica emocional de las figuras, como lo es en muchas pinturas expresionistas. La conversión de Rothko a la abstracción fue gradual y reluctante, pero le permitió obtener los efectos de las distorsiones sin tener que usar la fuerza sobre sus componentes. Pudo dejar a sus formas crecer y vivir sobre el lienzo libremente y la libertad fue el medio esencial de su expresión.

Rothko se granjeó una reputación creciente entre los artistas que serían conocidos como Expresionistas Abstractos. Hizo una exposición de las pinturas de este período, por la que recibió felicitaciones en San Francisco; sus muestras de Nueva York fueron revisadas por Thomas Hess, editor de la revista más importante, «Art News». Durante los años 40, Rothko produjo la mayor parte de sus escritos que, a la vez que evitaban cualquier tipo de explicación sobre su obra (en una época en que quizá era ésta más fácilmente explicable que en otras) pretendían francamente conseguir que al menos parte del público comprendiese sus objetivos.

Obra madura

La literatura sobre su arte desde alrededor de 1950 es muy distinta de la que trata de períodos anteriores, especialmente de los 40. Sobre este período posterior no hay prácticamente

ningún texto publicado que pudiera proporcionarnos un motivo para elaborar una tesis, ni tampoco ninguna iconografía, ninguna influencia, ni, con dos o tres excepciones importantes, ninguna evolución destacable.

Las configuraciones verticales de la obra madura de Rothko no son de una manera directa figuras humanas ni animales llevados a la abstracción. Su evolución a partir de los cuadros, que se pueden considerar como dramas representados sobre el lienzo lo pone en evidencia. Pero comparten algunas de las propiedades de las pinturas figurativas de Rothko que, sea en sus fases expresionistas, 'Pittura metafísica' o surrealista, le muestran dividiendo el cuerpo en segmentos, variando las proporciones de estos segmentos y distorsionándolos en formas relacionadas con la configuración del lienzo.

Los años desde mitad de los cincuenta fueron los años del éxito para Rothko. Se unió a una de las principales galerías que exhibía a los grandes maestros franceses así como a los expresionistas abstractos. Aunque no vendió gran número de cuadros, los que vendió lo fueron a altos precios. Expuso ampliamente y fue incluso promocionado en el extranjero como un ejemplo de fuerza y de libertad política.

Aparte de sus pinturas arquitectónicas, sólo tiene lugar una lenta evolución en su arte. Se fortalece la tendencia a las armonías de color relativamente próximas: ciertos colores, amarillos fríos, verdes lima e incluso naranjas fuego son mucho más escasos a partir de finales de los 50. Los objetos en las pinturas están más aislados unos de otros en los años 60. Consecuentemente tienden a tener bordes más regulares y, a veces, esqui-

nas redondeadas. La proporción del lienzo es con frecuencia más cuadrada y reaparecen los formatos horizontales. El ritmo está más medido y también más acentuado.

Cuando empecé a escribir este artículo tenía la intención de tratar de contestar a la pregunta de por qué un artista para quien una pintura era una afirmación de una verdad universal, debe pintar más de un sólo cuadro. Desde luego él era, como otros artistas, en parte un obseso y en parte un profesional para quien cada obra terminada planteaba una cuestión que sólo podía ser contestada por otra obra. Esto es suficiente, dentro de su limitación, para justificar su persistencia. Pero no responde a la cuestión a nivel de significado y aspiración y en realidad no he llegado a una respuesta adecuada, aunque una cierta respuesta está implícita en lo escrito y citado más arriba. Rothko apuntó a la universalidad y a una intensidad o fuerza elevadas. Rothko tuvo que pintar toda su vida y tuvo que pintar de un modo que reflejara su fidelidad a su objetivo. Fue tan ambicioso como gran artista». ■

Multiforma (1948).



Desde el 7 de octubre

«ARTE ESPAÑOL EN NUEVA YORK», EN SEVILLA

■ La muestra se presentó en Cuenca

El 7 de octubre se presenta en Sevilla la Exposición «Arte Español en Nueva York (1950-1970) Colección Amos Cahan», en la sala de exposiciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla. La muestra, integrada por 78 obras de 35 artistas españoles, se ofrece en colaboración con la citada entidad y la Fundación Luis Cernuda.

Anteriormente la muestra se presentó en Cuenca, en el Museo de Arte Abstracto Español, en un acto al que asistieron la hija y la viuda de Amos Cahan. El director gerente de la Fundación Juan March, José Luis Yuste, pronunció unas palabras de presentación en las que, tras hacer balance de la actividad desarrollada por el Museo de Arte Abstracto, que, desde 1981, gestiona la Fundación, y recordar al que fuera su creador, hace más de veinte años, Fer-

nando Zóbel, se refirió a la personalidad del doctor Amos Cahan: «Nacido en Nueva York en 1914, vino a España en los años sesenta y, admirado por la pintura de vanguardia que se hacía entonces en nuestro país, adquirió un gran número de obras de arte, formando una de las más importantes colecciones internacionales que existen del arte español contemporáneo».

En el conjunto de obras que integran esta exposición pueden verse las tendencias más importantes que se dieron en el panorama artístico español durante los años 50 y 70: el grupo catalán Dau al Set, el madrileño El Paso, y el conjunto de movimientos constructivistas, expresionistas y abstractos que dieron vitalidad y protagonismo internacional a las artes plásticas españolas en los años a los que esta exposición se circunscribe.



La viuda y la hija del doctor Amos Cahan durante el acto inaugural.

CICLO RAVEL, DESDE EL 7 DE OCTUBRE

Un Ciclo dedicado a Maurice Ravel (1875-1937), de quien se cumple en este año el 50 aniversario de la muerte, abrirá los conciertos de los miércoles de la Fundación Juan March. Del 7 de octubre al 4 de noviembre, en miércoles sucesivos, se celebrarán cinco conciertos, en los que se ofrecerá la integral de piano y de música de cámara, así como piezas vocales del compositor francés.

Actuarán en el ciclo el pianista **Ramón Coll**, los días 7 y 21 de octubre, como intérprete de las piezas pianísticas; el tenor **Manuel Cid** y, al piano, **Josep Colom**, para las obras cantadas (el 14 de octubre); y para la integral de cámara, el **Ensamble de Madrid**, con **Adolfo Garcés** (clarinete), **Pedro González** (flau-

ta) y **Michaele Granados** (arpa) (el 28 de octubre); cerrando el ciclo el 4 de noviembre **Gonçal Comellas** (violín), **Rafael Ramos** (violonchelo) y **Josep Colom** (piano).



Programa

- Miércoles 7 de octubre: *Integral de piano* (I), por **Ramón Coll**. A la manière de Borodine, A la manière de Chabrier, Sonatine, Valses Nobles y Sentimentales, Serenata grotesca, Menuet Antique, Menuet sur le nom d'Haydn y Le Tombeau de Couperin.
- Miércoles 14 de octubre: *Recital de canto y piano*, por **Manuel Cid** y **Josep Colom**. Canciones populares, Canciones sobre poemas de Ronsard y Mallarmé, Melodías hebreas, Ballade de la reine morte d'aimer, Melodías griegas y Canciones de D. Quijote.
- Miércoles 21 de octubre: *Integral de piano* (II), por **Ramón Coll**. Prélude, Pavanne pour une infante défunte, Miroirs, Jeux d'eau, Gaspard de la nuit.
- Miércoles 28 de octubre: *Integral de música de cámara* (I), por el **Ensamble de Madrid** y **Adolfo Garcés** (clarinete), **Pedro González** (flauta) y **Michaele Granados** (arpa). Le tombeau de Claude Debussy, Sonata (para violín y violonchelo), Introduction et Allegro y Cuarteto en Fa.
- Miércoles 4 de noviembre: *Integral de música de cámara* (II), por **Gonçal Comellas** (violín), **Rafael Ramos** (violonchelo) y **Josep Colom** (piano). Sonata póstuma en un movimiento, Berceuse sur le nom de Gabriel Fauré, Sonata, Tzigane y Trío.

«CONCIERTOS DE MEDIODÍA», EN OCTUBRE

Con un recital de piano a cargo de **Joaquín Parra**, con obras de Schubert, Chopin, Liszt, Debussy, Antonio José, Falla y Granados, comenzaron en la Fundación Juan March los Conciertos de Mediodía del nuevo curso. Se celebran cada lunes a las doce horas y su entrada es libre, permitiéndose el acceso o salida de los mismos en los intervalos entre las distintas piezas.

A lo largo del mes de octubre se celebrarán cada lunes (con la excepción del día 12, que es festivo) los siguientes conciertos:

— El 5 de octubre, recital de guitarra de **Tomás Camacho**, que interpretará obras de Villa-Lobos, Falla y Antonio José. Tomás Camacho nació en Jaén en 1948, en donde inició sus estudios para concluirlos en el Conservatorio Superior de Música «Oscar Esplá», de Alicante. Concertista que ha actuado en las principales capitales europeas y asistente a numerosos festivales, Tomás Camacho dirigió en el Conservatorio de Música de Orense la cátedra creada por Andrés Segovia. Es catedrático de guitarra del Conservatorio de Vigo y director del mismo.

— El 19 de octubre, recital de guitarra y flauta por el **Dúo Versus**, compuesto por **Daniel Sanz** y **Ian Fawcett**, que interpretará obras de Carulli, Diabelli, Sauguet, Villa-Lobos y Constant. Daniel Sanz se especializó en guitarra en

el Conservatorio de Valladolid y desde 1982 es profesor titular de guitarra del Conservatorio profesional de Música de León. Ian Fawcett estudió en el «Royal College of Music de Londres» con Edward Walker y Christopher Hyde Smith. Se gradúa en canto y en la actualidad es miembro del Coro de la BBC. Ha participado como cantante y flautista en varios conciertos y pertenece a la «London Concert Orchestra» y a la «English Sinfonia». Como componente del Dúo Versus prepara un disco con música del XIX y el XX para guitarra y flauta.

— El 26 de octubre, recital del **Trio Syrinx**, compuesto por **Alfonso Peciña** (piano), **Luis Amaya** (flauta) y **Andrés Ruiz** (cello), con obras de A. Dúo Vital y B. Martinu. Este Trío se formó a finales de 1982 con la intención de dar a conocer las posibilidades de esta agrupación camerística poco conocida en el panorama musical español. Su repertorio abarca desde obras de compositores clásicos como Haydn y Hummel hasta obras de compositores actuales. Alfonso Peciña, madrileño, ha asistido como alumno becado a los cursos Manuel de Falla y al de Interpretación Musical de Cuenca. Luis Amaya colabora con la Orquesta del Conservatorio de Madrid y con el grupo de Cámara Ars Nova. Andrés Ruiz, malagueño, en la actualidad es miembro de la Orquesta Sinfónica de Madrid (Orquesta Arbós).

CICLO «ORGANOS HISTORICOS DE ZAMORA»

■ Actuaron cuatro organistas españoles

Un Ciclo sobre «Organos históricos de Zamora» se celebró del 5 al 26 del pasado mes de junio, organizado por la Fundación Juan March en colaboración con la Caja de Ahorros de Zamora. Integrado por cuatro conciertos, celebrados en otras tantas iglesias de Zamora y su provincia, este ciclo abarcó obras que van desde el siglo XVI hasta nuestra época.

Participaron en este ciclo musical cuatro organistas españoles: **Montserrat Torrent** actuó el día 5 en la Iglesia de San Tor-

cuato, de Zamora; **José Luis González Uriol**, el 12, en la Colegiata de Santa María la Mayor, de Toro; **Miguel del Barco**, el 19, en la Colegiata de Santa María la Mayor, de Benavente; y cerró la serie de conciertos, el 26, **José Manuel Azcue**, en la Catedral de Zamora.

En páginas siguientes se ofrece un extracto del comentario que ha escrito para el folleto-programa del ciclo **Miguel Manzano**, que fue durante doce años titular del órgano de la catedral de Zamora.

Los intérpretes

Montserrat Torrent es catedrática de órgano del Conservatorio Superior Municipal de Música de Barcelona y de los cursos universitarios internacionales de Música en Compostela y Salamanca. Su grabación en disco, dedicada a Cabanilles en el órgano de Daroca, obtuvo el «Grand Prix du Disque» de París.

José Luis González Uriol es profesor de órgano y clavicémbalo en el Conservatorio de Música de Zaragoza. Fundador del Departamento de Música Antigua de la Institución Fernando el Católico y de los cursos internacionales de Música Antigua de Daroca. Actualmente es asesor de la Diputación Provincial de Zaragoza para la restauración de los órganos históricos de la región.

Miguel del Barco es catedrático de Órgano del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, centro del que fue director, y Académico de Número de la Real Academia de Extremadura de las Letras y de las Artes. Ha actuado como solista con la Orquesta de RTVE y es colaborador de la ONE y de la Orquesta de Cámara Española. Su disco sobre Sebastián Aguilera de Heredia obtuvo en 1982 el Premio Nacional del Disco.

José Manuel Azcue es profesor de piano de la Universidad del Estado de Nueva York en Oswego. Es titular de la Basílica de Santa María del Coro de San Sebastián desde 1975, actividad que alterna con su carrera como concertista.

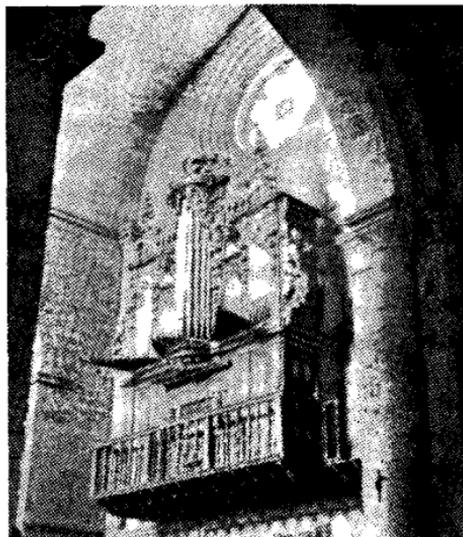
«EL ORGANO, AYER Y HOY»

Es bien sabido que en la lucha que los puristas mantuvieron por expulsar de los templos toda música que no fuese la de la voz humana, la de la palabra cantada (y aun ésta, dentro de un estilo muy severo), fue el órgano el primer instrumento que ganó la batalla. El órgano termina por entrar de lleno en los templos como por derecho propio después de siglos de balbucesos. Los maestros organeros se van atreviendo cada vez a mayores audacias mecánicas. Estimulados por la experiencia sonora, pagados por maniáticos mecenas que entregan verdaderas fortunas apostando por la maravilla de la música, aquellos ingenieros del sonido construyen instrumentos cada vez más potentes y perfectos, colocados ya en lo alto de las tribunas.

El perfeccionamiento progresivo de un instrumento que, se suele decir, siempre fue delante de los instrumentistas que lo manejaban, exigió una creciente habilidad a los intérpretes, una mayor creatividad a los músicos. Entre ellos, innumerables, destacan algunos que todo el mundo conoce. Y entre todos, Juan Sebastián Bach, que ya se sobrepone con técnica, oficio e inspiración a los recursos de los mejores instrumentos de su época, dictando a los organeros normas de construcción que permitan mayores posibilidades al ejecutante. A tal perfección llevó aquel hombre sobredotado y trabajador la música de órgano, que después de él se abrió un vacío que sólo se llenaba repitiendo una y otra vez lo que él había escrito. O desviándose más tarde hacia estilos para los que el órgano no había sido hecho.

Pero por encima de estilos, corrientes y modas, la voz del órgano nunca ha callado del todo. De cinco largos siglos de florecimiento de la música organística ha quedado un repertorio amplísimo en el que se reflejan todas las formas de sonar, todas las evoluciones de la escritura musical, todos los afanes de búsqueda de nuevas armonías y timbres.

Y de repente, apenas en unas décadas, el órgano ha caído por muchos lugares en una época de aguda crisis. ¿Qué ha ocurrido? Se oye decir con cierta frecuencia que la modificación del desarrollo de los actos litúrgicos llevada a cabo por el Concilio Vaticano II ha originado indirectamente la decadencia de la música organística. Es cierto que en el culto anterior había más momentos de meditación y de espera, más espacios de silencio, más desarrollos procesionales. Y sobre todo un inmenso, inagotable repertorio de cantos litúrgicos en latín, a los que el órgano sirvió siempre de soporte sonoro.



Órgano de la Iglesia de San Torcuato (Zamora).

¿Por qué razón los órganos callan hoy en casi todas las iglesias? ¿No merecería intentar la experiencia de que los órganos vuelvan a sonar en los templos, aunque no sea sólo en los actos de culto?

Por fortuna parece que está renaciendo el interés por la música organística. De ello son claro indicio este ciclo y otros que se van celebrando en varios

lugares y cada vez con más frecuencia. El redescubrimiento, valoración y puesta a punto que de un tiempo a esta parte se está haciendo de los llamados *órganos históricos* (aquéllos cuya hechura original no ha sido profundamente modificada, de tal manera que son ejemplares que representan una época determinada) es un hecho que también está contribuyendo, sin duda, a este renacer.

Cuatro órganos históricos de Zamora

La **Iglesia de San Torcuato**, en una de las calles más céntricas de Zamora, al borde del último recinto amurallado que ceñía la ciudad antigua hasta hace algunas décadas, fue construida en 1673 por los monjes Trinitarios. A la derecha del amplio coro que ocupa la parte alta del tramo posterior, en un balconcillo adosado al muro, está situado el órgano, de aspecto exterior austero. Consta la fecha de su construcción en una inscripción: *Don Cándido Cabezas fabricó en 1834 (...)* Fue reformado y aumentado en 1897.

El órgano de la **Colegiata de Santa María la Mayor, de Toro**, está situado sobre una tribuna adosada al muro sur, encima de la puerta de la sacristía. Es de buen porte exterior, «con decorado bien característico de los talleres toresanos del XVIII: tono azulado para los fondos lisos y oro para la decoración saliente» (J. Navarro). Su construcción está bien documentada: fue hecho en Salamanca por el maestro organero, Manuel de la Viña.

El órgano de la iglesia de **Santa María la Mayor, de Benavente**, está situado en un balconcillo que prolonga la tribuna por su parte izquierda. Las características de este órga-

no, quizá el más *histórico* de todos los de este ciclo, a pesar de su última restauración, que ha respetado íntegramente su estructura, no añadiendo sino un poco más de profundidad en los flautados de base, lo hacen un instrumento apropiadísimo para todas las obras que en él se interpretaron en el tercer concierto del ciclo. La primera noticia que de él existe, un arreglo de los fuelles, es de 1741, y hace sospechar que el instrumento ya llevaba largo tiempo instalado.

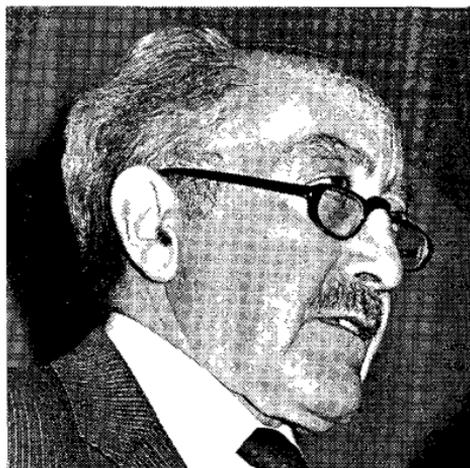
El órgano de la **Catedral de Zamora**, como casi todos los de los templos catedralicios, es, en su forma y composición actual, el resultado de una larga serie de evoluciones, recomposiciones y sucesivas adaptaciones y arreglos. Sin duda hay en su interior tubos y registros que llevan sonando varios siglos, ya que existe documentación de los órganos en los libros catedralicios desde, por lo menos, el año 1577, y es bien sabido que en cada nuevo arreglo se aprovechaban materiales de los instrumentos anteriores. El órgano de la Catedral de Zamora dispone de la amplitud de teclados y sonidos, la variedad tímbrica y la sonoridad suficiente como para servir de base a un repertorio bastante amplio. ■

Emilio Alarcos Llorach

ETAPAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

«Mi modesto propósito se encamina sólo a considerar los momentos esenciales de la historia del español e insistir en los motivos del porqué llamamos a esta lengua español y no castellano, tarea en que tantos me han precedido ventajosamente con copiosos argumentos». Así iniciaba el profesor Emilio Alarcos el curso titulado «Etapas de la lengua española», que en cuatro conferencias dio en la Fundación Juan March entre el 28 de abril y el 7 de mayo. «De las brumas remotas a la hispanización del latín», «Del latín cantábrico al castellano», «Castellanización de otros romances hispanos» y «La descastellanización del español»: éstos fueron los títulos de las conferencias, de las que se ofrece a continuación un resumen.

Hace diez años se celebró (a bulto) el milenario de la lengua española. Ya me referí entonces a la inexactitud cronológica de tal efeméride. Las lenguas no son organismos vivos que nacen en un momento preciso. Son instrumentos creados y modificados por el hombre y que éste maneja a su antojo dentro de los límites impuestos por la función que desempeñan, a saber, la de comunicarse con sus semejantes. Propiamente las lenguas no cambian; son los hombres los que cambian la lengua, o de lengua, como cambian de corbata o de chaqueta, si bien con menor oportunismo y con ritmo infinitamente más sose-



EMILIO ALARCOS nació en Salamanca en 1922. Se acaba de jubilar de su cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo y es académico de número de la Real Academia Española. Entre sus muchos libros se pueden citar: *Gramática estructural, El español, lengua milenaria, Fonología española, Estudios de Gramática Funcional del español, Ensayos y estudios literarios y La poesía de Blas de Otero.*

gado que las veleidades de la moda.

No es posible saber cuándo «nace» el español, lengua con la que mejor o peor nos entendemos los ciudadanos de una veintena de entidades políticas. Pese a esta imposibilidad de delimitar objetivamente un mojón inicial, es preciso para nuestro recorrido histórico fijar el punto de partida que aconseje el enfoque adoptado. Será, si se quiere, arbitrario; pero no hay otro remedio.

Y como se acepta sin discusión que el español de hoy se identifica con una de las diversas deformaciones que experimentó el latín impuesto por Roma en gran parte de las provincias de su Imperio, no parecerá inoportuno comenzar nuestro examen esquemático recordando cuál fue la sustitución lingüística producida cuando el latín llegó a la península.

Penetramos así en las brumas remotas a que se alude en el título de este primer episodio. Porque de todas las magnitudes que intervienen en la cuestión sólo conocemos bien una: las obras principales en latín, la lengua que denominamos latín clásico. Lo demás —y principal— aparece envuelto y oscurecido por una nebulosa que sólo permite inferencias, deducciones, gaseosas hipótesis. Nos preguntamos: ¿cómo hablaban los indígenas hispanos? ¿qué especie de latín manejaban los sucesivos contingentes de legionarios, administradores, emigrados y mercaderes fugaces que vinieron a Hispania?

El proceso de implantación del latín en Hispania sería parecido en toda la Romania, y su resultado la difusión de un latín coloquial, apoyado en la lengua escrita, que pudo mantenerse con relativa unidad hasta el desmoronamiento del Imperio. Es a partir de entonces cuando, rotas las comunicaciones entre unas y otras regiones, dificultados los desplazamientos, desaparecido el modelo romano, se incrementa la diversificación de los rasgos particulares que ya existirían previamente y con ello se inician las lenguas románicas.

Determinar con un mínimo de precisión este latín hispánico, generalizado en las regio-

nes mejor romanizadas y al menos entre los cultos, es tarea que obliga a operar de nuevo con datos indirectos y precarios y con arriesgados procedimientos reconstructivos muchas veces.

Suele admitirse que el latín hispánico, aunque participaba de las transformaciones generales de la Romania occidental, se caracterizaba por cierto conservadurismo, perceptible en el léxico y en el ritmo más lento de generalización de los cambios fonéticos y gramaticales. También se acepta que algunos rasgos típicos —luego reflejados en los romances ulteriores— provenían del carácter dialectal itálico de los latinos asentados en la Península.

Poco es todo esto para justificar la segunda parte del título de la conferencia: «hispanización del latín»; con ello entendemos simplemente el conjunto de fenómenos que afectaron al latín de Hispania, independientemente de su procedencia y de su difusión extrapeninsular, y que pusieron a los hablantes en condiciones adecuadas para que su latín coloquial se convirtiese en las diferentes lenguas romances de España.

La invasión musulmana representó la interrupción en el proceso de evolución de la lengua hablada, quedando subvertido el equilibrio lingüístico (y cultural) de la Península. La relativa uniformidad que el reino visigótico de Toledo había difundido queda rota. Es precisamente la faja menos romanizada, reducto de las particularidades hispánicas, la que permanece libre y puede proseguir la evolución de su propia lengua latina más o menos acriollada.

En estos territorios se acogen fuertes contingentes de hispa-

hogodos fugitivos ante los invasores. Estos hispano-godos, junto con los indígenas, se van organizando contra el adversario común, el Islam, apoyándose, por un lado, en su fe cristiana, y por otro, en su lengua romanizada total y en su lengua escrita latina.

Latín cantábrico

Desde poniente a levante, se desarrollan los dialectos de tipo gallego, asturiano y leonés, castellano, navarro, aragonés y catalán. Para explicar esta distribución geográfica, la primera ocurrencia consiste en superponerla a la geografía étnica de los pueblos prerromanos y observar sus indudables coincidencias: ante ello se podría afirmar que las variedades románicas son resultado del influjo de las lenguas que hablaban los indígenas. Estos, al aprender el latín, lo habrían teñido con los rasgos fonológicos o gramaticales que caracterizaban a sus propias lenguas.

La unidad política que primero fue reino de Asturias y luego reino de León abarcaba los territorios visigóticos que antes habían constituido el reino suevo: se extendía desde el occidente atlántico gallego hasta las comarcas ribereñas del Ebro. Podemos suponer que carecía de unidad lingüística, ya que, incluso hoy, no es homogénea. Más al este, el primitivo reino navarro reunía tierras escasamente latinizadas, reducidas casi a las estribaciones de la vertiente sur de los Pirineos, salvo algunas penetraciones hacia el Ebro. Al oriente, pequeñas organizaciones políticas, desde el Cinca al Mediterráneo, fueron pronto mediatizadas por el poder

franco y carolingio que creó la llamada Marca Hispánica.

El núcleo político que cobró más temprana importancia fue el occidente, el reino de León, cuando los monarcas asturianos, al comienzo del siglo X, salen de su reducto transmontano para establecerse en la altiplanicie leonesa. La distribución geográfica coincide en gran medida con los límites lingüísticos de los romances actuales y por ello se ha pensado que éstos son consecuencia de las diversas peculiaridades con que cada etnia afectó al latín aprendido.

La frontera más característica, al principio, entre el dialecto leonés y el castellano, a saber, la conservación de /f-/ inicial latina frente a su alteración en /h/ y su ulterior desaparición en castellano, se sitúa en una línea que sigue el curso del Sella y luego al sur el Porma leonés; a poniente se conserva (o se conservaba) la /f/; mientras que al oriente tenemos /h/ o ha desaparecido (*Farina/Harina*). Como Pomponio Mela (en el siglo I de nuestra era) marcaba el límite entre astúres y cántabros en la desembocadura del río Salia, debemos colegir que el fenómeno romance está en relación con las particularidades de las respectivas lenguas prerromanas allí habladas.

Dentro de las mentadas zonas norteñas, son las tierras limítrofes por el este de los ríos Sella y Porma, precisamente el solar conjeturado de los antiguos cántabros. Estas gentes, aisladas en territorios poco apetecibles por su escaso rendimiento económico, serían durante siglos bilingües que mezclaron, en una especie de criollo, sus propias lenguas, y que adoptaban mejor o peor para entenderse con

Fundación Juan March

CURSOS UNIVERSITARIOS 1986/87

Etapas de la lengua española

EMILIO ALARCOS LLORACH



ABRIL 1987

Martes, 28
DE LAS BRUMAS REMOTAS A LA HISPANIZACIÓN
DEL LATÍN

Jueves, 30
DEL LATÍN CANTÁBRICO AL CASTELLANO

MAYO 1987

Martes, 5
CASTELLANIZACIÓN DE OTROS
ROMANCES HISPANOS

Jueves, 7
LA DESCASTELLANIZACIÓN DEL ESPAÑOL

 Todas las conferencias tendrán lugar a las 19.30 horas en el Salón de Actos de la Fundación Juan March
C/Alcalá, 77 28002 MADRID. Entrada libre.

legionarios, administradores y mercaderes que usaban el latín. Son fuertes las huellas materiales de romanización, desde los siglos imperiales, en esta franja norteña. Pero la impronta latina que muestra su epigrafía nos hace creer que sólo representa la latinización de una capa de población poco numerosa (eméritos del ejército, eclesiásticos, funcionarios, etc.); la mayoría analfabeta seguiría empleando la lengua franca más o menos latinizada a que nos hemos referido.

Se juntan muchos motivos para que el territorio del originario solar cantábrico persistiese en sus rasgos autóctonos, entre ellos, cómo no, los lingüísticos. El apartamiento espacial justifica las tendencias autonómicas del territorio que empezará a ser lla-

mado *Castella*, 'los castillos', situado en los altos valles del Ebro y del Pisuerga. Entre sus habitantes, que mantenían intensas relaciones con las gentes vascónicas o vasconizadas por el levante y de espaldas a veces con los indígenas del reino de León, el latín acriollado que habían heredado se convierte en la modalidad romance que llamamos castellano.

La determinación, desde la remota época de su aislamiento, de los rasgos del latín cantábrico, cuyo desarrollo dará lugar al primitivo dialecto castellano, sólo puede inferirse —y con escasa precisión— a partir de los datos de las hablas modernas y de los testimonios, no siempre explícitos, aportados por el análisis de los documentos medievales de Santillana, de Santa María del Puerto (o Santoña), de Aguilar, de Valpuerta, de Oña, etc. Obtener conclusiones indiscutibles derivadas de estos testimonios no es labor sencilla, puesto que, si bien estas escrituras pretenden estar redactadas en latín, en general los escribanos carecían de conocimientos profundos de esta lengua y dejaban escapar errores condicionados por el idioma que hablaban; en todo caso, cuando tenían que transmitir términos no latinos (o cuyo origen latino desconocían), como sucede con antropónimos y topónimos, no podían sino recurrir a su propia habla, que, por otra parte, no era fácil de transcribir por cuanto en ella existían sonidos para los cuales no disponía la ortografía tradicional de símbolos gráficos adecuados.

Del latín cantábrico, en que habrían arraigado rasgos varios, unos comunes con el occidente, otros con el oriente y, en fin,

algunos exclusivamente suyos, surge el castellano de la pequeña Castilla Vieja que empieza a sonar hacia el siglo IX y se unifica con cierta autonomía respecto a la corte leonesa en el periodo de Fernán González un siglo después. Este castellano primitivo contiene ya los rasgos que, supeditados al modelo más culto toledano medieval, resurgirán a lo largo del siglo XVI. Este castellano primitivo dará origen al castellano burgalés, menos rudo que el de los documentos de las zonas norteñas.

Castellanización de otros romances hispánicos

Es éste epígrafe breve que condensa el largo y complejo proceso mediante el cual el dialecto latino, agreste y aberrante, desarrollado en la primitiva Cantabria meridional, logró imponerse y difundirse por las áreas contiguas, como consecuencia de la expansión militar, política y cultural de la comunidad que lo hablaba, no sin ir perdiendo algunos de sus particularismos y aceptando otros de las gentes diversas con que se mezcló en la sucesivas ampliaciones geográficas de sus dominios.

El crecimiento de Castilla se produjo paso a paso. A mediados del siglo X, el conde de Burgos, Fernán González, logra unificar en su persona los condados castellanos, consigue cierta autonomía y pone las bases del predominio castellano. Esta potencia castellana aumenta cuando, a la muerte de Sancho el Mayor de Navarra (1035), su hijo Fernando es coronado rey de Castilla. Con sus hijos y sucesores, Sancho II y luego, sobre todo, Alfonso VI, Castilla da un nuevo paso hacia el sur con la con-

quista de Toledo (1085) y, aunque provisional, con la de Valencia por el Cid. La tercera etapa, decisiva, se produce ya en el siglo XIII, cuando Fernando III, unificando definitivamente León con Castilla, emprende la conquista del valle del Guadalquivir.

Estos tres pasos hacia el sur comportan la difusión del dialecto castellano sobre zonas lingüísticamente no homogéneas y tuvieron a la vez repercusión sobre las áreas contiguas al este y al oeste. La ocupación del valle del Duero representa el contacto con una escasa población que conservaría los rasgos lingüísticos más o menos uniformes de las zonas centrales en la época visigótica.

El influjo de los francos y de los mozárabes tuvo que desempeñar un papel muy importante en la incipiente fijación escrita del romance castellano, frenando u ocultando algunos de sus fenómenos característicos. En este ambiente se iría cuajando en los medios cultos la norma, que en lo escrito castellano se estabilizaría en el siglo XIII, con la rigurosa reforma ortográfica de Alfonso X. Fue este rey verdaderamente el que convirtió el castellano en lengua de cultura escrita, aunque ya antes se había sustituido el latín por el castellano en los documentos de la cancillería real y en los escritos notariales, por razones eminentemente prácticas, y aunque mucho antes el castellano había servido de vehículo para la expresión literaria.

Este castellano literario adoptado desde Alfonso X como norma de la expresión escrita se prolonga hasta el siglo XVI sin mayores modificaciones sustanciales. Cierto es que su cultivo y las necesidades de expre-

sar con precisión lo que se quiere comunicar introducen en la sintaxis y en el léxico mayor complejidad y variación. Pero los rasgos esenciales del sistema gramatical y del sistema fonológico apenas se alteran.

En las tierras andaluzas reconquistadas en el siglo XIII, los mozárabes y su dialecto habían quedado muy reducidos, a la vez que muchos musulmanes se recogían en el reino de Granada. Con ellos, los repobladores castellanos y leoneses no encontrarían obstáculo alguno para difundir su lengua.

Esta expansión del castellano siguió avanzando por territorios leoneses, navarros y aragoneses desde el siglo XIV hasta relegar los primitivos dialectos leoneses y aragoneses a sus zonas más montañosas y alejadas, y absorber prácticamente el dialecto navarro. La castellanización plena se ha detenido sólo ante las viejas fronteras con el gallego y el catalán. Naturalmente la castellanización no uniformó del todo el área de sus dominios. Perduraron rasgos de las zonas influidas y nacieron otros nuevos.

La descastellanización del español

En resumen, el proceso de castellanización que hemos examinado ha consistido en la difusión de un modo de hablar, discordante y apartado del conjunto románico occidental, sobre otras zonas, donde no sin renunciar a algunos de sus rasgos, ha absorbido dialectos más conservadores y luego lenguas diversas, hasta llegar a generalizarse como instrumento de comunicación de una veintena de naciones. Este instrumento de hoy ¿es todavía castellano? Veámoslo.

¿Puede llamarse castellano la lengua en que nos entendemos? El propio título ya sugiere la respuesta que consideramos adecuada: la descastellanización del español. En ella están implícitos dos términos que dialécticamente se oponen o se complementan (según se mire): castellano y español. Esto supone que no identificamos como sinónimos los dos marbetes «castellano» y «español».

Aunque existen antecedentes, las circunstancias políticas favorecen el término de «español» para referirse a la lengua generalizada entre los súbditos de su Majestad Cesárea, una vez conseguida la unidad de los reinos peninsulares (salvo Portugal). El mismo emperador, cuando en 1536 desafió al monarca de Francia, Francisco I, replicó al embajador francés (que decía no entender nuestra lengua) con expresión segura y altanera: «Entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana». Descontada la intención diplomática agresiva del parlamento de Carlos V, en él se manifiesta la creencia en la unidad de la lengua de España.

Durante el siglo XVI, es evidente la intención integradora de la lengua como instrumento general por encima de los particularismos regionales, pero, a la vez, se insinúa una contienda, no sangrienta, de normas uniformadoras: la que los castellanos norteños van imponiendo en la corte madrileña y la que la espléndida pléyade de andaluces —más cercanos al antiguo patrón toledano— mantienen impertérritos sin apreciar (o despreciando en ocasiones) lo

que en el sur estaba cobrando auge en la lengua hablada. En otras palabras, en la segunda mitad del siglo XVI se asiste a la lucha por el predominio lingüístico que Menéndez Pidal, lúcidamente, abrevió en el epígrafe «Sevilla contra Madrid».

No responde a la realidad asignar a la lengua, utilizada con tan grande uniformidad en tan extensos territorios, el término más restringido de castellano. El sentimiento popular así lo entiende. Ni aragoneses ni andaluces pretenden hablar castellano, pero sí español. Razones (o sinrazones) de tipo político han impulsado a los hablantes de otras lenguas peninsulares (que sin embargo se sienten, con mayores o menores reticencias, incluidos en la entidad que llamamos España) a renunciar al término de «español» para designar la lengua oficial y prefieren usar «castellano» como etiqueta que contrasta mejor con la de sus lenguas vernáculas: catalán, gallego o vascuence serán lenguas españolas en la aceptación adjetiva equivalente a «de España», pero no son el «español» como sustantivo, del mismo modo que tampoco son el «español» las hablas castellanas, aragonesas, leonesas, andaluzas, etc.

En estos tiempos, el hablante peninsular —y menos el castellano en su sentido estricto— no puede creerse «el amo del idioma», como pensaba hace un siglo Leopoldo Alas. Ahora los peninsulares no somos sino una parte mínima del muy millonario conjunto de gentes que se expresan en español. Como el peso estadístico de la demografía se inclina claramente a la vertiente americana, debemos renunciar con toda humildad a ese orgullo expresado por «Cla-

rín», basado en prejuicios hereditarios de abolengo. El español es tan nuestro y tan tradicional entre nosotros los peninsulares como es suyo el recibido por herencia entre los americanos. Nadie puede hoy erigir sus particularismos, por rancios que sean, en norma general a toda la comunidad hispánica.

Al promulgar estas actitudes de acercamiento e igualación entre todos los usuarios del español, no es que temamos la posibilidad de que un día se produzca la disgregación de nuestra lengua en multitud de dialectos, tal como ocurrió la desmembración del latín después de las invasiones germánicas y la caída del Imperio Romano de Occidente.

El intercambio entre las varias zonas del español puede entrañar, sin embargo, algún peligro. El de que lo que se generalice sean precisamente los modos de hablar —o de escribir— menos cuidados y precisos, esto es, aquellos que suelen propiciar la rapidez, la improvisación, la impremeditación de la palabra oral. La lengua —como sistema e inventario de las unidades que la constituyen— no puede empobrecerse. Son los hablantes los que, amenguando sus necesidades espirituales, mermando la amplitud y la profundidad de sus intereses, dejan de usar aquellas herramientas de la lengua destinadas a manifestar experiencias, hechos, vivencias que no les importan. El llamado empobrecimiento de la lengua es pura consecuencia de la reducción del campo mental de sus usuarios. Y remediar esto no es problema lingüístico, sino educativo, aunque el procedimiento para ello tenga que utilizar por fuerza la lengua. ■

IV COLOQUIO HISPANO-SOVIÉTICO DE HISTORIADORES

■ Participaron más de 50 especialistas

Más de 50 ponencias se presentaron al IV Coloquio Hispano-Soviético de Historiadores, que se celebró del 25 al 27 de mayo pasado en Madrid, en la sede de la Fundación Juan March, y en la Universidad de Salamanca. Este coloquio se organizaba dentro del convenio establecido entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, en el marco de los actos conmemorativos del décimo aniversario del restablecimiento de las relaciones entre España y la URSS.

El propósito de estos coloquios, según el profesor Manuel Espadas Burgos, uno de los coordinadores de esta reunión científica, junto con Emilio Sáez Sánchez y José Ramón de Urquijo y Goitia, es el «mutuo conocimiento de la historiografía de ambos países, la revisión conjunta de las relaciones de Rusia y la URSS con España, y la colaboración editorial en programas de interés común».

Este IV Coloquio Hispano-Soviético de Historiadores, en el que participaron historiadores procedentes de diversas universidades españolas y de la Universidad de Moscú y de otros centros especializados de la Unión Soviética, se organizó con la colaboración de la Dirección General de Relaciones Culturales (Ministerio de Asuntos Exteriores), la Fundación Banco

Exterior, la Sociedad Española de Estudios Medievales, el Comité Español de Ciencias Históricas y Tabacalera.

Los coloquios hispano-soviéticos de historiadores se iniciaron en 1981. El primero se celebró en Moscú y Leningrado y el segundo, en noviembre de 1983, en la sede de la Fundación Juan March. Tres grupos de temas han sido el objeto de las reuniones celebradas hasta ahora: una revisión y actualización historiográfica de problemas de común atención científica; un estudio en lo posible sobre fuentes documentales inéditas, de las relaciones entre ambos países; y una panorámica, basada sobre fuentes y testimonios literarios, de la visión que cada uno de los países ha tenido sobre el otro a lo largo de los siglos, pero con mayor atención al mundo contemporáneo.



Revista crítica de libros**NUMERO 8 DE «SABER/Leer»**

■ Con artículos de Goded, Fernández Alba, Palacio Atard, Sobejano, Aranguren, Rodríguez Adrados y Saura

Un trabajo sobre las centrales nucleares de **Federico Goded**, que ha sido catedrático de Tecnología Nuclear, abre el sumario del número 8, correspondiente al mes de octubre, de la revista crítica «SABER/Leer». Esta publicación, que edita la Fundación Juan March, es de carácter interdisciplinar y en ella expertos en los distintos campos del saber comentan por extenso un libro de su especialidad, aparecido en España o en el extranjero. Cada comentario va acompañado de una fotografía o, más frecuentemente, de una ilustración encargada ex profeso.

Además de **Federico Goded**, firman los artículos en el presente número **Antonio Fernández Alba**, **Vicente Palacio Atard**, **Gonzalo Sobejano**, **José Luis L. Aranguren**, **Francisco Rodríguez Adrados** y **Antonio Saura**. Los ilustradores son los siguientes: **José Antonio Alcázar**, **Fuencisla del Amo**, **Tino Gatagán**, **Alberto Urdiales** y **Asun Balzola**.

La era nuclear comenzó en 1939 con el descubrimiento de la fisión. Desde entonces este tema se ha convertido en un inmenso iceberg, cuyas implicaciones militares y la aplicación del átomo y la radiactividad a la medicina, industria y agricultura, quedan voluntariamente fuera del libro del experto francés Jacques Leclerc, *The Nuclear Age*, objeto del comentario de **Goded**, que se centra en la producción de electricidad basada



en la fisión nuclear. A juicio de Federico Goded, Leclerc ha conseguido hacer un texto asequible y atractivo.

Antonio Fernández Alba, arquitecto y catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid, se ocupa de un libro, *Ciudades de las caravanas. Alarifes del Islam en el desierto*, de José Corral, que recuerda, piensa Fernández Alba, los mejores relatos de la literatura de viajes, aunque en realidad sea el rescate del pasado de tres importantes ciudades saharianas, que en su tiempo fueron lugar de asentamiento y colonias de mercaderes, y consiguientemente centros neurálgicos del comercio de caravanas. Con rigor investigador José Corral, que enriquece su trabajo con numerosas ilustraciones, croquis y

planos, ha reconstruido ese pasado.

Un nutrido equipo de expertos, dirigido por un historiador y un militar, publicó el año pasado en ocho volúmenes la obra *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia militar y social*; extenso trabajo colectivo que trae a la actualidad, en opinión del comentarista del mismo, el profesor **Vicente Palacio Atard**, el papel que las Fuerzas Armadas han representado en la historia de España, desde las Ordenanzas de Carlos III a las del Rey don Juan Carlos. Esta obra se ocupa, además, de la inserción social del Ejército y de las relaciones, en la España contemporánea, entre Fuerzas Armadas y estamento civil.

Recuerdos

Un creador o una personalidad relevante cuando pone por escrito sus recuerdos suele utilizar la vía de la confesión, de la memoria, del diario o de la autobiografía propiamente dicha. Un poco de todo es lo que encuentra el profesor **Gonzalo Sobejano** en la segunda parte de los recuerdos del novelista Juan Goytisolo, *En los reinos de taifa*, cuya reciente aparición le da pie para comentar pormenorizadamente ambas partes, ésta y la anterior, *Coto vedado*. Si en esta última obra Goytisolo detenía su memoria a mediados de los años cincuenta cuando se trasladó a París, en *En los reinos de taifa* se ocupa de la década siguiente, desde su exilio francés hasta el reconocimiento de su predilección por lo árabe y sus consecuencias personales y literarias.

Se lamenta el profesor **Araguren** de que el nombre del filósofo español Juan David García Bacca está cayendo en un relativo olvido, pese al esfuerzo que algunas editoriales y algunos seguidores y discípulos suyos están haciendo. Aprovechan-

do la reciente aparición de un texto de García Bacca, *Qué es Dios y quién es Dios*, Arangueren en su comentario a ésta y a otras obras del filósofo repasa el pensamiento de este autor, centrándose en las dos preguntas básicas de la obra en cuestión: qué es Dios, pregunta filosófica, y quién es Dios, pregunta teológica.

Francisco Rodríguez Adrados, catedrático de Filología Griega, saluda la aparición de un texto clásico de la filología, la *Sintaxis*, de Apolonio Díscolo, pues esta edición contribuye muy favorablemente al conocimiento lexicográfico de la Antigüedad, dado que en este campo, apunta Adrados, se vive sustancialmente de opiniones de segunda mano. El hecho de que la *Sintaxis*, de Apolonio Díscolo, resulte ser el número cien de la «Biblioteca Clásica Gredos» le da ocasión al profesor Adrados para destacar el acierto de esta colección de textos clásicos y recordar otras similares existentes, o que han existido, en España.

El número 8 de «SABER/Leer» se cierra con un artículo del pintor **Antonio Saura**, que más que haber leído la última novela de Jorge Semprún, *La montaña blanca*, la «ha visto». El hecho de que en el «museo imaginario» de Saura se encuentre «El paso de la laguna Estigia», obra de Joaquín Patinir que se ofrece en el Museo del Prado y que es motivo referente en la novela de Semprún, lleva al pintor a interrelacionar arte y literatura, motivado, a la postre, más que por la «lectura», por su «visión».

ENVIO DE «SABER/Leer»

«SABER/Leer» se distribuye ya a todos los destinatarios de este Boletín Informativo. Cualquier otra persona, centro cultural o institución que desee recibirlo, puede solicitarlo por escrito a «SABER/Leer». Fundación Juan March, Castelló, 77 - 28006 Madrid.

TRABAJOS REALIZADOS CON AYUDA DE LA FUNDACION, PUBLICADOS POR OTRAS INSTITUCIONES

Se han recibido las siguientes publicaciones de trabajos realizados con ayuda de la Fundación y editados por otras instituciones. Estas publicaciones se encuentran en la Biblioteca de la Fundación, a disposición del público, junto con todos los trabajos finales llevados a cabo por los becarios.

● **Oscar de Juan Asenjo.**

La Constitución económica española. Iniciativa económica pública «versus» iniciativa económica privada en la Constitución española de 1978.

Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984. 371 págs.
(Beca extranjero 1982. Autonomías Territoriales.)

● **Tomás García Azcárate.**

Consecuencias regionales agrarias en la adhesión de España a las Comunidades Europeas: el caso de la remolacha azucarera.

«Investigaciones Económicas», enero-abril 1985, nº 26, págs. 117-140.
(Beca España 1983. Estudios Europeos).

● **Pedro Sánchez Lazo, Pedro Domínguez y Francisco Barros.**

The activation of adenylate cyclase from small intestinal epithelium by cholera toxin.

«Eur. J. Biochem.», 1985, vol. 146, págs. 533-538.
(Plan de Biología Molecular y sus Aplicaciones 1981).

● **Pedro M. Echenique.**

— *Dispersion effects in the excitation of interfaces by fast electron beams.*
«Philosophical Magazine B», 1985, vol. 52, nº 1, L9-L13.

— *The probability of MgO surface excitations with fast electrons.* (En colaboración con R. H. Milne).

«Solid State Communications», 1985, vol. 55, nº 19, págs. 909-910.

— *On the Effective Mass of Electrons at Surfaces.*

London, Imperial College, The Blackett Laboratory (s.a.), 17 págs.
y gráficos.

(Operación Especial 1984).

● **Fernando Molini Fernández.**

Comentarios sobre la L.O.F.C.A. a partir de la experiencia del federalismo fiscal de los EE.UU.

Separata del libro «Organización territorial del Estado (Comunidades Autónomas)». Madrid, Instituto de Estudios Fiscales (s.a.), págs. 2293-2308.

(Beca extranjero 1982. Plan de Autonomías Territoriales).

VIERNES, 2

19,30 horas

EXPOSICION MARK ROTHKO
Proyección de los vídeos: «Seeking the Sacred in a Secular World» (30 minutos) y «The New York School» (55 minutos), en versión inglesa.

LUNES, 5

12,00 horas

CONCIERTOS DE MEDIODIA
Recital de guitarra, por **Tomás Camacho**.
Obras de Villa-Lobos, Falla y Antonio José.

MARTES, 6

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES
Flauta y piano, por **Juana Guillem** y **Bartomeu Jaume**.
Comentarios: **Enrique Franco**.
Obras de Vivaldi, Mozart, Chopin, Fauré, Varèse y Borne.
(Sólo pueden asistir grupos de alumnos de colegios e institutos, previa solicitud).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS
«La generación del 27, 60 años después» (I).
Carlos Bousoño: «Sentido actual de la Generación del 27».

MIÉRCOLES, 7

19,30 horas

CICLO «RAVEL» (I).
Integral de piano (I), por **Ramón Coll**.
Programa: A la manière de Borodine; A la manière de Chabrier; Sonatine; Valses Nobles et Sentimentales; Menuet Antique; Menuet sur le nom d'Haydn; Le Tombeau de Couperin.

JUEVES, 8

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES
Ensamble de Madrid.
Comentarios: **Federico Sopena**.
Obras de Bach, Vivaldi, Mozart, Amato, Piazzola y Joplin.
(Sólo pueden asistir grupos de alumnos de colegios e institutos, previa solicitud).

EXPOSICION ROTHKO, EN LA FUNDACION

Durante el mes de octubre seguirá abierta en la sede de la Fundación Juan March la Exposición de 54 obras de Mark Rothko (1903-1970), organizada en colaboración con la familia Rothko, la Tate Gallery, de Londres, y diversos museos e instituciones norteamericanos y europeos.

La muestra proviene de la Tate Gallery de Londres y abarca, prácticamente, todas las etapas de la vida artística de Rothko, desde 1930 hasta 1969, un año antes de su muerte.

Como complemento de la exposición se proyectan, los viernes, a las 19,30 horas, dos vídeos, en versión inglesa: «Seeking the Sacred in a Secular World» (30 minutos) y «The New York School» (55 minutos).

Horario de visita de la Exposición Rothko: días laborables, de 10 a 14 horas y de 17,30 a 21 horas; domingos y festivos, de 10 a 14 horas. Entrada libre.

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS
«La generación del 27, 60 años después» (II).

José Hierro: «Los poetas del 27 y mi generación».

VIERNES, 9

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES
Piano, por Carmen Deleito.

Comentarios: Antonio Fernández-Cid.

Obras de Beethoven, Chopin, Brahms y Ravel.

(Sólo pueden asistir grupos de alumnos de colegios e institutos, previa solicitud).

19,30 horas

EXPOSICION MARK ROTHKO
Proyección de vídeos (programa idéntico al del día 2).

MARTES, 13

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES
Flauta y piano, por Juana Guillem y Bartomeu Jaume.

«ARTE ESPAÑOL EN NUEVA YORK (1950-1970)», EN SEVILLA

El 7 de octubre se inaugurará en Sevilla la Exposición «Arte Español en Nueva York (1950-1970). Colección Amos Cahan», en la sala de exposiciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla. La muestra, integrada por 78 obras de 35 artistas, se presenta con la colaboración de la citada entidad y de la Fundación Luis Cernuda, de Sevilla.

Comentarios: Enrique Franco. (Programa y condiciones de asistencia, como el día 6).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS
«La generación del 27, 60 años después» (III).

José María Amado: «'Litoral' y la Generación del 27».

MIÉRCOLES, 14

19,30 horas

CICLO «RAVEL» (II).

Canto y piano, por Manuel Cid y Josep Colom.

Programa: Ronsard à son ame; Sainte; Canciones populares: Española, Italiana, Francesa, Escocesa; Melodías hebreas: Kadisch, L'énigme éternelle, Meyerke, mon fils; Ballade de la reine morte d'aimer; Melodías griegas: Chanson de la mariée, Là-bas, vers l'église, Quel galant m'est comparable, Chanson des cueilleuses de lentisques, Tout gai!, Tripatos; Canciones de D. Quijote: Chanson romanesque, Chanson épique, Chanson à boire.

JUEVES, 15

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES
Ensamble de Madrid.

Comentarios: Federico Sopena. (Programa y condiciones de asistencia, como el día 8).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS
«La generación del 27, 60 años después» (y IV).

Guillermo Carnero: «Significado vanguardista del centenario de Góngora en 1927».

VIERNES, 16

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES

Piano, por **Carmen Deleito**.

Comentarios: **Antonio Fernández-Cid**.

(Programa y condiciones de asistencia, como el día 9).

19,30 horas

EXPOSICION MARK ROTHKO

Proyección de vídeos (programa idéntico al del día 2).

LUNES, 19

12,00 horas

CONCIERTOS DE MEDIODIA

Guitarra y flauta, por el **Dúo Versus** (**Daniel Sanz**, guitarra y **Ian Fawcett**, flauta travesera).

Obras de **Carulli**, **Diabelli**, **Sauget**, **Villa-Lobos** y **Constant**.

MARTES, 20

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES

Flauta y piano, por **Juana Guillem** y **Bartomeu Jaume**.

Comentarios: **Enrique Franco**.
(Programa y condiciones de asistencia, como el día 6).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS

«**Democracia y Sociedad: legitimidad y eficacia**» (I).

Juan Linz: «Del autoritarismo a la democracia».

MIÉRCOLES, 21

19,30 horas

CICLO «RAVEL» (III).

Integral de piano (II), por **Ramón Coll**.

Programa: **Prélude**; **Pavanne pour une infante défunte**; **Mi-**

roirs; **Jeux d'eau**; **Gaspard de la Nuit**.

JUEVES, 22

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES

Ensamble de Madrid.

Comentarios: **Federico Sopena**.

(Programa y condiciones de asistencia idénticos a los del día 8).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS

«**Democracia y Sociedad: legitimidad y eficacia**» (II).

Juan Linz: «Tipos de sistemas democráticos».

VIERNES, 23

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES

Piano, por **Carmen Deleito**.

Comentarios: **Antonio Fernández-Cid**.

(Programa y condiciones de asistencia, como el día 9).

19,30 horas

EXPOSICION MARK ROTHKO

Proyección de vídeos (programa idéntico al del día 2).

LOS GRABADOS DE GOYA, EN MURCIA

Del 5 al 30 de octubre la Exposición de Grabados de Goya se exhibirá en el Palacio Almudí, de Murcia, con la colaboración de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia y del Ayuntamiento de Murcia.

Los grabados pertenecen a las series de *Caprichos*, *Desastres de la guerra*, *Tauromaquia* y *Disparates*.

LUNES, 26

12,00 horas

CONCIERTOS DE MEDIODIA

Trío Syrinx (Alfonso Peciña, piano, Luis Amaya, flauta y Andrés Ruiz, violonchelo).

Obras de Dúo Vital y Martinu.

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS

«Democracia y Sociedad: legitimidad y eficacia» (III).

Juan Linz: «Los límites de la democracia».

MARTES, 27

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES

Flauta y piano, por Juana Guillem y Bartomeu Jaume.

Comentarios: Enrique Franco. (Programa y condiciones de asistencia, como el día 6).

19,30 horas

CURSOS UNIVERSITARIOS

«Democracia y Sociedad: legitimidad y eficacia» (y IV).

«ARTE ESPAÑOL CONTEMPORANEO», EN ZAMORA

A partir del 16 de octubre podrá verse en Zamora, en la sala de exposiciones de la Caja de Ahorros Provincial, la exposición «Arte Español Contemporáneo (Nuevas adquisiciones). Colección de la Fundación Juan March», compuesta por 30 obras de otros tantos artistas. La muestra se organiza con la colaboración de la citada Caja de Ahorros.

Juan Linz: «El futuro de la democracia».

MIERCOLES, 28

19,30 horas

CICLO «RAVEL» (IV).

Integral de música de cámara (I), por el Ensamble de Madrid, con Michaele Granados (arpa), Pedro González (flauta) y Adolfo Garcés (clarinete).

Programa: Le Tombeau de Claude Debussy; Sonata para violín y violonchelo; Introduction et Allegro; y Cuarteto en Fa.

JUEVES, 29

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES
Ensamble de Madrid.

Comentarios: Federico Sopena. (Programa y condiciones de asistencia, como el día 8).

VIERNES, 30

11,30 horas

RECITALES PARA JOVENES
Piano, por Carmen Deleito.

Comentarios: Antonio Fernández-Cid.

(Programa y condiciones de asistencia, como el día 9).

19,30 horas

EXPOSICION MARK ROTHKO

Proyección de vídeos (programa idéntico al del día 2).

El presente Calendario está sujeto a posibles variaciones. Salvo las excepciones expresas, la entrada a los actos es libre. Asientos limitados.

**Información: Fundación Juan March, Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40 - 28006-Madrid**